

# "Orientalismo": 25 años después (Edward Said)

“Orientalismo”: 25 años después

Edward Said

Hace nueve años escribí un epílogo para *Orientalismo*, que -intentando clarificar lo que consideraba haber dicho y no dicho- enfatizaba no sólo las muchas discusiones abiertas desde que mi libro apareció en 1978, sino el curso de las crecientes malinterpretaciones de un trabajo en torno a las representaciones de “el Oriente”.

Que hoy me sienta más irónico que irritado acerca de este hecho es un signo de la tanta edad que se ha colado a mi interior. Las muertes recientes de mis dos mentores principales, intelectual, política y personalmente -Eqbal Ahmad e Ibrahim Abu-Lughod-, me han traído tristeza y pérdida, pero también resignación y una cierta entereza para seguir adelante.

En mi libro (*Fuera de lugar*), 1999, describía los extraños y contradictorios mundos en los que crecí, proporcionándome a mí y a mis lectores un recuento detallado de los ambientes que, pienso, me formaron en Palestina, Egipto y Líbano. Pero era un relato muy personal de todos esos años de mi involucramiento político -que comenzó después de la guerra árabe-israelí de 1967-, y se quedó corto.

*Orientalismo* es un libro atado a la dinámica tumultuosa de la historia contemporánea. Abre con una descripción, que data de 1975, de la guerra civil en Líbano, que terminó en 1990. Llegamos al fracaso en el proceso de paz de Oslo, al estallido de la segunda Intifada, y el terrible sufrimiento de los palestinos de las reinvasadas franjas de Cisjordania y Gaza. La violencia y el horrible derramamiento de sangre continúan en este preciso instante. El fenómeno de los bombazos suicidas ha aparecido con todo el odioso daño que ocasionan, no más apocalíptico y siniestro que los sucesos del 11 de septiembre de 2001 con su secuela en las guerras contra Afganistán e Irak. Mientras escribo estas líneas continúa la ocupación imperial ilegal de Irak a manos de Gran Bretaña y Estados Unidos. Su estela es en verdad horrible de contemplar. Se dice que todo esto es parte de un supuesto choque de civilizaciones, interminable, implacable, irremediable. Yo, sin embargo, pienso que no es así.

Me gustaría poder decir que el entendimiento general de Medio Oriente, los árabes y el Islam en Estados Unidos ha mejorado en alguna medida, pero caray, en realidad no. Por todo tipo de razones, la situación en Europa parece ser considerablemente mejor. En Estados Unidos el endurecimiento de actitudes, el tensar el yugo de un cliché de generalizaciones menospreciativas y triunfalistas, la dominación de un poder crudo, aliado con el desprecio simplista hacia quienes disienten y contra “otros”, tiene su correlato exacto en el saqueo y la destrucción de las bibliotecas y museos de Irak.

Lo que nuestros dirigentes y sus lacayos intelectuales son incapaces de comprender es que la historia no puede borrarse como un pizarrón, dejándolo limpio para que “nosotros” podamos ahí inscribir nuestro propio futuro e imponer nuestras formas de vida para que estos pueblos “inferiores” las sigan. Es bastante común escuchar que los altos funcionarios en Washington y en otras partes hablen de cambiar el mapa del Medio Oriente, como si las sociedades antiguas y una miríada de pueblos pudieran sacudirse como almendras en un frasco. Pero esto ha ocurrido con frecuencia en “Oriente”, ese constructor semimítico que se inventa y reinventa en incontables ocasiones desde la invasión de Napoleón a Egipto a finales del siglo XVIII. Y en el proceso, los sedimentos no relatados de la historia, que incluyen innumerables historias y una variedad sorprendente de pueblos, lenguajes, experiencias y culturas, son barridos e ignorados, relegados al banco de arena junto con los tesoros derruidos a fragmentos indescifrables que le fueron arrebatados a Bagdad.

Mi argumento es que la historia la hacen mujeres y hombres, y es factible deshacerla y rescribirla de tal manera que “nuestro” Oriente se vuelva “nuestro” para poseerlo y dirigirlo. Tengo en muy alta estima las potencialidades y regalos de los pueblos de la región que luchan por su visión de lo que son y lo que quieren ser. Ha sido tan abrumador y calculadamente agresivo el ataque contra las sociedades contemporáneas árabes y musulmanas, acusándolas de ser retrógradas, carecer de democracia y abrogar los derechos de las mujeres, que se nos olvida que las nociones de modernidad, iluminismo y democracia no son conceptos acordados por todos ni son en modo alguno tan simples que puedan encontrarse o perderse como huevos de Pascua en una sala de estar. La suficiencia desalentadora de los publicistas estúpidos (que hablan en nombre de la política exterior pero sin conocimiento alguno del lenguaje con que habla la gente real), fabrica un árido paisaje, propicio para que el poderío estadounidense construya un modelo artificial de “democracia” de libre mercado, con el cual no se necesita hablar árabe, persa o francés para pontificar sobre el efecto dominó que supuestamente necesita el mundo árabe.

Pero existe una diferencia entre conocer otros pueblos y otros tiempos (que resulta del entendimiento, la compasión, el estudio y el

análisis cuidadoso en sí mismos), y el conocimiento que es pieza de una campaña global de autoafirmación. Hay, después de todo, una profunda diferencia entre el deseo de entender con el propósito de coexistir y ensanchar horizontes y el deseo de dominar con el fin de controlar. Es sin duda una de las mayores catástrofes de la historia que una guerra imperialista confeccionada por un grupito de funcionarios estadounidenses que no fueron elegidos se lance contra una devastada dictadura tercermundista, apelando a aspectos claramente ideológicos, para intentar la dominación del mundo, el control de la seguridad y los escasos recursos, y que disfrace su intención real, adosada y pensada por orientalistas que traicionaron su deber como académicos.

Las principales influencias del Pentágono y el Consejo de Seguridad Nacional de George W. Bush fueron hombres como Bernard Lewis y Fouad Ajami, expertos en el mundo árabe e islámico que ayudaron a los halcones estadounidenses a idear fenómenos ridículos como el de la mente árabe o la decadencia de siglos del mundo islámico que sólo el poderío estadounidense puede revertir. Hoy las librerías en Estados Unidos están llenas de peroratas mal confeccionadas con títulos gritones como el horror y el terror islamita, el Islam al desnudo, la amenaza árabe, el riesgo musulmán, todos escritos por polemistas políticos que hacen gala de un conocimiento que les fue impartido a ellos y a otros por expertos que supuestamente han penetrado en el corazón de estos extraños pueblos orientales. Los acompañantes de esta prédica guerrerista son CNN y Fox, más la mirada de locutores y anfitriones de programas de radio, evangélicos y de extrema derecha, innumerables tabloides e inclusive revistas clasemedieras, todos ellos lanzados a reciclar las mismas ficciones no verificables y las vastas generalizaciones que acicatean a América contra el demonio extranjero.

Sin un esquema bien organizado de que los pueblos de allá no son como “nosotros” y no aprecian “nuestros” valores -el corazón mismo del dogma orientalista- no habría habido guerra. Así que del mismo directorio de académicos profesionales pagados por los conquistadores holandeses en Malasia e Indonesia, por los ejércitos británicos en India, Mesopotamia, Egipto y África occidental, por los ejércitos franceses en Indochina y África del norte surgieron los asesores estadounidenses del Pentágono y la Casa Blanca, y utilizan los mismos clichés, los mismos estereotipos menospreciadores, las mismas justificaciones para ejercer poder y violencia (al fin y al cabo, dice el coro, el poder es el único lenguaje que entienden). Toda esta gente se unió para el caso de Irak con un ejército entero de contratistas privados y emprendedores voraces a quienes se confiará todo, desde escribir libros de texto hasta la Constitución que remodele la vida política de Irak y su industria petrolera.

Todo imperio, en su discurso oficial, ha dicho que no es como los otros, que sus circunstancias son especiales, que tiene la misión de iluminar, civilizar, traer orden y democracia, y que utilizará la fuerza únicamente como último recurso. Lo más triste es que siempre hay un coro de intelectuales deseosos de decir palabras tranquilizadoras acerca de los imperios benignos o altruistas.

Veinticinco años después de la publicación de mi libro *Orientalismo*, se alza una vez más la cuestión de si el imperialismo moderno ha terminado o si continuó en Oriente desde que Napoleón invadió Egipto dos siglos antes. Se le ha dicho a los árabes y a los musulmanes que la victimología y vivir de los despojos del imperio es sólo una manera de evadir la responsabilidad del presente. Han fallado, se fueron por el camino equivocado, dice el orientalista moderno. Por supuesto, está también la contribución de Naipaul a la literatura: las víctimas del imperio gimotean mientras su país se va a la mierda. Pero qué superficial cálculo de una intrusión imperial es ésta que poco anhela encarar la larga sucesión de años a través de los cuales el imperio continúe su intromisión en las vidas de palestinos, congoleños, argelinos o iraquíes. Piensen en la línea que comienza con Napoleón, continúa con el surgimiento de los estudios orientales y la toma de África del norte, para luego proseguir en empresas semejantes en Vietnam, Egipto y Palestina y que durante todo el siglo XX ha pugnado por el petróleo y el control estratégico del golfo Pérsico, en Irak, Siria, Palestina y Afganistán. Luego piensen en el surgimiento del nacionalismo anticolonial, el corto periodo de una independencia liberal, la era de golpes militares, la insurgencia, la guerra civil, el fanatismo religioso, la lucha irracional y la brutalidad irresponsable hacia los más recientes grupos de “nativos”. Cada una de estas fases y eras produce su propio conocimiento distorsionado de la otra, sus propias imágenes reduccionistas, sus propias polémicas peleoneras.

En *Orientalismo* mi idea es utilizar la crítica humanista para abrir campos de lucha e introducir una secuencia más larga de pensamiento y análisis que remplace las breves incandescencias de esa furia polémica, contraria al pensamiento, que nos aprisiona. A lo que intento realizar le llamo “humanismo”, palabra que continuó usando tercamente, pese al menosprecio burlón que expresan por el término los sofisticados críticos posmodernos. Por humanismo quiero significar, primero que nada, el intento por disolver los grilletes inventados por Blake; sólo así seremos capaces de usar nuestro pensamiento histórica y racionalmente para los propósitos de un entendimiento reflexivo. Es más, el humanismo lo sostiene un sentido de comunidad con otros intérpretes y otras sociedades y periodos; por tanto, estrictamente hablando, no puede existir un humanismo aislado.

Esto quiere decir que todo ámbito está vinculado con todos los demás; no existe nada en nuestro mundo que haya estado aislado y puro de influencias exteriores. Requerimos hablar de aspectos tales como la injusticia y el sufrimiento en el contexto amplio de la historia, la cultura y la realidad socioeconómica. Nuestro papel es ampliar el campo de la discusión. Buena parte de mis pasados 35

años he defendido los derechos que tiene el pueblo palestino a la autodeterminación nacional, pero siempre he intentado prestar toda la atención posible a la realidad del pueblo judío y la forma en que sufrió persecuciones y genocidio. El punto central es que la lucha por la equidad entre Palestina e Israel debe dirigirse hacia un objetivo humanista, es decir, hacia la coexistencia, y no a una ulterior supresión y negación.

No es accidental que indique que el orientalismo y el antisemitismo moderno tienen raíces comunes. Por tanto es necesidad vital que los intelectuales independientes provean modelos alternativos a aquellos que simplifican y confinan por basarse en una mutua hostilidad que prevalece en Medio Oriente y en otras partes, desde hace tanto tiempo.

Como humanista cuyo campo es la literatura, tengo la edad suficiente como para haber sido educado, hace 40 años, en el campo de la literatura comparada, cuyas ideas conductoras se remontan a la Alemania de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Antes debo mencionar la contribución creativa, suprema, de Giambattista Vico, filósofo y filólogo napolitano cuyas ideas anticiparon a pensadores alemanes como Herder y Wolf, y después a Goethe, Humboldt, Dilthey, Nietzsche, Gadamer, y finalmente a los grandes filólogos del siglo XX, como Erich Auerbach, Leo Spitzer y Ernst Robert Curtius.

A los jóvenes de la generación actual la mera idea de la filología les sugiere algo demasiado mohoso, de anticuario, pero de hecho es la más básica y creativa de las artes interpretativas. Su ejemplo más admirable puede hallarse en el interés de Goethe por el Islam en general y por Hafiz en particular, pasión que lo consumía y lo condujo a la composición del *West-Östlicher Diwan*, y que influyó en las ideas posteriores de Goethe respecto de la *Weltliteratur*, el estudio de todas las literaturas del mundo como si fueran un todo sinfónico que pudiera aprehenderse teóricamente preservando la individualidad de cada trabajo sin perder la visión del todo.

Hay una ironía considerable al percatarnos de que si bien el mundo globalizado de hoy se agrupa en algunos de los modos de los que he estado hablando, podemos estarnos aproximando a un cierto tipo de estandarización y homogeneidad que la formulación específica de las ideas de Goethe buscaba prevenir. En un ensayo publicado en 1951, con el título de *Philologie der Weltliteratur*, Erich Auerbach enfatizó exactamente ese punto, justo cuando se iniciaba el periodo de posguerra, que fue también el principio de la guerra fría. Su gran libro, *Mimesis*, publicado en Berna en 1946, pero que fuera escrito cuando Auerbach era exiliado de guerra que impartía cursos de lenguas romances en Estambul, intentaba ser un testamento de la diversidad y la concreción de la realidad según la representaba la literatura occidental de Homero a Virginia Wolf. Pero al leer el ensayo de 1951 uno siente que para Auerbach su gran libro era una elegía del periodo donde la gente podía interpretar textos filológicamente - concreta, sensible e intuitivamente-, usando la erudición y un excelente manejo de varias lenguas, en apoyo del entendimiento que Goethe pregonaba en su aproximación a la literatura islámica.

El conocimiento positivo de las lenguas y la historia fue necesario, pero nunca fue suficiente, como tampoco la recolección mecánica de datos podía en modo alguno constituir un método adecuado para comprender lo que era un autor como Dante, por ejemplo. El requisito fundamental para el tipo de entendimiento filológico del que hablaban Auerbach y sus predecesores, el que intentaron poner en práctica, era uno que con simpatía y subjetividad penetrara en la vida de un texto escrito, desde la perspectiva de su tiempo y su autor (*emfühlung*). En vez de pregonar la alienación y la hostilidad hacia otros tiempos y diferentes culturas, la filología según la aplicaba la *Weltliteratur* implicaba un profundo espíritu humanista desplegado con generosidad y, si se me permite el uso del término, con hospitalidad. Así, la mente del intérprete creaba activamente un lugar para el otro, extranjero. Este crear un lugar para el trabajo de los que podrían ser ajenos y distantes es la faceta más importante de la misión del intérprete.

Todo esto, obviamente, fue minado y destruido en Alemania por el nacional-socialismo. Después de la guerra, Auerbach anota con tristeza la estandarización de las ideas, y la creciente especialización del conocimiento que estrechó gradualmente las oportunidades para el tipo de trabajo filológico de indagación perenne e investigación que él había representado, y, caray, es todavía más depresivo saber que, desde la muerte de Auerbach, en 1957, la idea y la práctica de la investigación humanista se ha encogido en espectro y en centralidad. En vez de leer en el sentido real del término, nuestros estudiantes se distraen hoy con el conocimiento fragmentado disponible en la red electrónica y los medios masivos de comunicación.

Lo que es peor es que la educación está amenazada por las ortodoxias religiosas y nacionalistas que los medios masivos diseminan, pues se enfocan -ahistóricamente y de modo sensacionalista- en las distantes guerras electrónicas dando a los que miran un sentido de precisión quirúrgica, cuando de hecho oscurecen el terrible sufrimiento y la destrucción producida por el armamento moderno de la guerra. Al demonizar a un enemigo desconocido a quien etiquetan de "terrorista", se cumple el propósito general de mantener a la gente agitada y furiosa haciendo que las imágenes de los medios exijan mucha atención que puede ser explotada en tiempos de crisis e inseguridad, como el periodo posterior al 11 de septiembre de 2001.

Hablando como árabe y estadounidense, debo pedirle a mis lectores que no subestimen este tipo de visión simplificada del mundo que un puñado de elites civiles del Pentágono han formulado como política estadounidense para la totalidad de los mundos árabes e islámicos. Una visión en la cual el terror, la guerra preventiva y el cambio de régimen unilateral -con el respaldo del presupuesto

militar más inflado de la historia- son las ideas principales que se debaten sin cesar, empobrecidas por medios que se asignan a sí mismos el papel de producir esos llamados “expertos” que validan la línea general del gobierno. La reflexión, el debate, el argumento racional y los principios morales basados en la noción secular de que los seres humanos deben crear su propia historia, fueron remplazados por ideas abstractas que celebran el excepcionalismo estadounidense u occidental, denigran la relevancia del contexto y miran con desprecio las otras culturas.

Tal vez dirán que hago demasiadas transiciones abruptas entre interpretaciones humanistas, por un lado, y política exterior, por el otro. Que una sociedad tecnológica moderna, poseedora de un poder sin precedente -además de redes electrónicas y aviones de combate F-16- debe, a fin de cuentas, ser conducida por expertos en política- técnica tan formidables como Donald Rumsfeld y Richard Perle. Lo que en realidad se ha perdido es un sentido de la densidad y la interdependencia de la vida humana, que no pueden ser reducidas a una fórmula ni barridas como irrelevantes.

Esta es una de las facetas del debate global. En los países árabes y musulmanes la situación no es mejor. Como argumenta Roula Khalaf, la región se ha deslizado hacia un antiamericanismo fácil que muestra muy poco entendimiento de lo que en realidad es Estados Unidos como sociedad. Dado que los gobiernos se han vuelto relativamente incapaces de afectar las políticas estadounidenses hacia ellos, vuelcan sus energías en reprimir y sojuzgar a sus propias poblaciones, lo que acarrea resentimiento, rabia e imprecaciones inútiles que no abren la posibilidad de que en las sociedades haya ideas seculares en torno a la historia y el desarrollo humanos. En cambio, son sociedades sitiadas por la frustración y el fracaso, y por un islamismo construido por un aprendizaje dogmático y por la obliteración de otras formas de conocimiento secular, consideradas competitivas. La desaparición gradual de la extraordinaria tradición ijtihad islámica, o interpretación personal, es uno de los mayores desastres culturales de nuestro tiempo, pues ocasiona la pérdida del pensamiento crítico y de los modos individuales de lidiar con el mundo moderno.

Esto no significa que el mundo cultural haya simplemente regresado hacia un neorientalismo beligerante o al rechazo tajante de lo exterior. Con todas las limitaciones que se quiera, la Cumbre Mundial de Johannesburgo, de Naciones Unidas, celebrada el año pasado, reveló de hecho una vasta área de preocupaciones globales comunes que sugiere la emergencia, muy saludable, de un sector nuevo y colectivo que confiere una nueva urgencia a la frecuentemente fácil noción de “un solo mundo”. En todo esto debemos admitir que nadie puede conocer la extraordinariamente compleja unidad de nuestro orbe globalizado, pese a ser realidad que el mundo tiene tal interdependencia de las partes que no permite la genuina oportunidad del aislamiento.

Los terribles conflictos que pastorean a los pueblos con consignas tan falsamente unificadoras como “América”, “Occidente” o “Islam” e inventan identidades colectivas para una enorme cantidad de individuos que en realidad son bastante diversos, no deben permanecer en la potencia que ahora mantienen y debemos oponernos a ellos. Aún contamos con habilidades interpretativas racionales que son un legado de la educación humanista, no piedad sentimental que clama por que retornemos a los valores tradicionales o a los clásicos, sino una práctica activa del discurso racional, secular, en el mundo. El mundo secular es el de la historia como la construyen los seres humanos. El pensamiento crítico no se somete al llamamiento a filas para marchar contra uno u otro enemigo aprobado como tal. En vez de un choque de civilizaciones manufacturado, necesitamos concentrarnos en el lento trabajo de reunir culturas que se traslapen, para que se presten unas a otras, viviendo juntas en formas mucho más interesantes de lo que permite cualquier modo compendiado o no auténtico de entendimiento. Pero este tipo de percepción ampliada requiere tiempo, paciencia e indagación escéptica, y el respaldo que otorga la fe en las comunidades de interpretación, algo difícil de mantener en un mundo que demanda acción y reacción instantáneas.

El humanismo se centra en la individualidad humana y la intuición subjetiva, no en ideas recibidas o autoridades aprobadas. Los textos deben leerse como producidos y vividos en el ámbito histórico de todas las posibles formas del mundo. Pero esto no excluye el poder. Por el contrario, he tratado de mostrar las insinuaciones, las imbricaciones del poder inclusive en el más recóndito de los estudios.

Por último, y lo más importante, es que el humanismo es la única y yo diría la forma final de la resistencia contra las prácticas inhumanas y las injusticias que desfiguran la historia humana. Hoy contamos con el enorme y alentador campo democrático del ciberespacio, abierto a todos los usuarios de modos no soñados por generaciones anteriores de tiranos o de ortodoxias. Las protestas mundiales ocurridas antes de que comenzara la guerra en Irak no habrían sido posibles si no fuera por la existencia de comunidades alternativas por todo el mundo, alertadas mediante información alternativa, y que son activamente conscientes de los derechos humanos y ambientales, y de los impulsos libertarios que nos mantienen unidos en este pequeño planeta.

Traducción: Ramón Vera Herrera  
La Jornada y El País.

Incluso acostumbrados a la pésima calidad de sus demás discursos, las palabras que pronunció George W. Bush el 24 de junio sobre Oriente Próximo son un ejemplo sorprendente de esa execrable combinación de ideas confusas, palabras que no quieren decir nada en el mundo real, acusaciones santurronas y racistas contra los palestinos, ceguera increíble -una ceguera engañosa ante las realidades de una invasión y una conquista por parte de Israel que van en contra de todas las leyes de la paz y la guerra-, todo ello envuelto en el tono suficiente de un juez moralista, obstinado e ignorante que se ha arrogado privilegios divinos; una combinación que domina en la actualidad la política exterior estadounidense. Y todo ello -es importante recordarlo-, por parte de un hombre que prácticamente robó unas elecciones que no había ganado y cuyo historial como gobernador de Tejas incluye los peores niveles de contaminación, escándalos de corrupción, los mayores índices de población carcelaria y aplicación de la pena de muerte del mundo. Este hombre dudosamente dotado, con escasos dotes salvo la ciega búsqueda del dinero y el poder, tiene la capacidad de condenar a los palestinos a estar, no sólo a merced del criminal de guerra Sharon, sino a merced de las negativas consecuencias de las vacuas condenas que él mismo hace. Rodeado de tres de los políticos más corruptos del mundo (Powell, Rumsfeld y Rice), pronunció su discurso del 24 de junio con la voz entrecortada propia de un mediocre estudiante de oratoria y, con sus palabras, permitió a Sharon matar o herir a muchos más palestinos en una ocupación militar ilegal que cuenta con el apoyo de EE UU.

No es sólo que el discurso de Bush careciera de todo conocimiento histórico sobre lo que proponía, sino que su capacidad de causar gran daño es inmensa. Era como si Sharon hubiera escrito el texto, mezclando la desproporcionada obsesión de los estadounidenses por el terrorismo con el empeño de Sharon en eliminar la vida nacional palestina con la explicación del terrorismo y la supremacía judía en 'la tierra de Israel'. En cuanto a lo demás, ni las concesiones superficiales de Bush a un Estado palestino 'provisional' (si es que esto quiere decir algo, ¿tal vez es análogo a un embarazo provisional?) ni sus observaciones de pasada sobre las acciones para mitigar las dificultades de la vida palestina aportaron a su discurso nada que mereciera la generalizada reacción positiva -yo diría que incluso cómica- suscitada entre los dirigentes árabes, con Yasir Arafat encabezando las muestras de entusiasmo.

Más de 50 años de negociaciones árabes y palestinas con EE UU han ido a parar a la basura con el fin de que Bush y sus asesores pudieran convencerse a sí mismos y a gran parte del electorado de su misión divina de exterminar el terrorismo, es decir, en definitiva, de acabar con los enemigos de Israel. Un rápido repaso a esos 50 años ofrece pruebas espectaculares de que ni las actitudes desafiantes ni las actitudes sumisas de los árabes han servido para cambiar las ideas de EE UU sobre sus intereses en Oriente Próximo, un dominio regional cuyos dos principales aspectos siguen siendo el abastecimiento rápido y barato de petróleo y la protección de Israel. Desde Nasser hasta Bashar, Abdulá y Mubarak, la política árabe ha dado un giro de 180 grados, pero los resultados han sido siempre, más o menos, los mismos.

Primero, en los años posteriores a la independencia, hubo una actitud desafiante por parte de los árabes, inspirada por la filosofía anti-imperialista y anti-guerra fría de Bandung y Nasser. El final, catastrófico, llegó en 1967. A partir de entonces, bajo la dirección del Egipto de Sadat, se produjo el cambio que permitió la cooperación entre EE UU y los árabes, con la justificación totalmente falsa de que los norteamericanos tenían el 99% de las cartas en la mano. Lo que quedaba de la cooperación entre árabes fue marchitándose lentamente, desde su momento culminante en la guerra de 1973 y el embargo del petróleo hasta una guerra fría del mundo árabe que enfrentó a diversos Estados unos contra otros. A veces, como en Kuwait y Líbano, los Estados débiles y pequeños se convirtieron en el campo de batalla, pero, a la hora de la verdad, la corriente oficial de pensamiento del sistema de Estados árabes se centró exclusivamente en que EE UU era el elemento fundamental de la política árabe. Con la primera guerra del Golfo (pronto habrá una segunda) y el final de la guerra fría, EE UU quedó como única superpotencia, y esto, en vez de suscitar una revisión de la política árabe, empujó a los distintos Estados a una mayor adhesión individual -mejor dicho, bilateral- a Washington, cuya reacción consistió en darlo por descontados. Las cumbres árabes dejaron de ser ocasiones en las que proponer posturas creíbles y pasaron a ser objeto de desprecio y ridículo. Los políticos estadounidenses pronto se dieron cuenta de que los dirigentes árabes no representaban demasiado a sus países ni, mucho menos, al mundo árabe en su conjunto; además, no hacía falta ser un genio para observar que los diversos acuerdos bilaterales entre los líderes árabes y EE UU eran más importantes para la seguridad de sus regímenes que para los estadounidenses. Por no hablar de las envidias y mezquinas antipatías que prácticamente arrebataron al pueblo árabe la posibilidad de ser una potencia en el mundo moderno. No es raro que los palestinos que hoy sufren los horrores de la ocupación israelí culpen a 'los árabes' tanto como a los judíos.

A principios de los ochenta, todas las regiones del mundo árabe estaban dispuestas a alcanzar la paz con Israel como forma de asegurarse la buena fe de EE UU: por ejemplo, el Plan Fez de 1982, que estipulaba la paz con Israel a cambio de la retirada de todos los territorios ocupados. La cumbre árabe de marzo de 2002 representó la misma escena por segunda vez -habría que añadir que, en esta ocasión como farsa-, con los mismos resultados prácticamente inapreciables. Fue precisamente a partir de aquel momento, hace

dos décadas, cuando la política estadounidense sobre Palestina cambió de intereses, para empeorar. Como destaca una antigua analista de la CIA, Kathleen Christison, en un estudio excelente publicado en la revista Counterpunch (16-31 de mayo de 2002), la Administración de Reagan -y luego, con más entusiasmo, la de Clinton- abandonó la vieja fórmula de tierras por paz justo cuando, paradójicamente, la política árabe en general y la palestina en particular había concentrado sus energías en aplacar a EE UU en todos los frentes posibles. En noviembre de 1988, la OLP abandonó oficialmente la 'liberación' y, en la reunión del CNP de Argel (a la que yo asistí como miembro), votó por la partición y la coexistencia de dos Estados; en diciembre de ese año, Arafat renunció públicamente al terrorismo y en Túnez comenzó un diálogo entre la OLP y EE UU.

El nuevo orden árabe surgido tras la guerra del Golfo institucionalizó el tráfico en una sola dirección entre árabes y estadounidenses: los árabes daban y EE UU concedía cada vez más cosas a Israel. Los palestinos acudieron a la Conferencia de Madrid de 1991 con la idea de que Estados Unidos iba a reconocerlos y convencería a Israel para hacer lo mismo. Recuerdo con claridad que, durante el verano de 1991, Arafat

nos pidió a un grupo de miembros destacados de la OLP y de personalidades que formuláramos una serie de garantías exigibles a EE UU para incorporarnos a la reunión de Madrid, que (aunque en ese momento no lo sabíamos) desembocaría en el proceso de Oslo de 1993. Arafat vetó todas nuestras sugerencias. Sólo quería garantías de que él iba a seguir siendo el principal negociador de los palestinos; no parecía importarle ninguna otra cosa, pese a que había una buena delegación de Gaza y Cisjordania, encabezada por Haidar Abdel Shafir, que estaba negociando en Washington con un duro equipo israelí al que Shamir había ordenado que no cediera en nada y que prolongara las conversaciones durante 10 años si era necesario. Lo que quería Arafat era debilitar a toda su gente a base de ofrecer más concesiones -por lo que no hizo ninguna exigencia previa a Israel ni a EE UU- para asegurar su permanencia en el poder.

Todo eso, unido al ambiente predominante tras 1967, afianzó sólidamente la dinámica Palestina-Estados Unidos en las distorsiones de Oslo y del periodo post-Oslo, que ya tienen carácter permanente. Por lo que yo sé, EE UU nunca ha exigido a la Autoridad Palestina (ni a ningún otro régimen árabe) que establezca procedimientos democráticos. Muy al contrario, tanto Clinton como Gore aprobaron públicamente los tribunales de la Seguridad Palestina en sus respectivas visitas a Gaza y Jericó, y dijeron poca cosa, o ninguna, de la necesidad de acabar con la corrupción, los monopolios, etcétera. Yo llevaba escribiendo sobre los problemas del Gobierno de Arafat desde mediados de los noventa y recibiendo reacciones de indiferencia o franco desprecio ante lo que decía (que, en su mayor parte, demostró ser acertado). Me acusaron de utopismo y falta de pragmatismo y realismo. Era evidente que un concierto de intereses, tanto para los israelíes y los estadounidenses como para el resto de los países árabes, produjo el nacimiento de la Autoridad y la mantuvo en su sitio, primero como policía al servicio de los israelíes y luego como objetivo del odio de Israel. Arafat no permitió el desarrollo de ninguna resistencia real contra la ocupación, y siguió dejando que las bandas de activistas, las diversas facciones de la OLP y las fuerzas de seguridad camparan por sus respetos en la sociedad civil. Se ganó mucho dinero ilícito y la población en su conjunto perdió más del 50% de su nivel de vida anterior a Oslo.

Todo cambió con la Intifada y con el Gobierno de Barak, que preparó el terreno para la reaparición en escena de Sharon. Pero la política de los árabes siguió consistiendo en aplacar a los estadounidenses. Un pequeño ejemplo es cómo se modificaron las declaraciones de los árabes en Estados Unidos. Abdúlá de Jordania dejó de criticar a Israel en la televisión estadounidense y empezó a referirse siempre a la necesidad de que 'las dos partes' detuvieran 'la violencia'. El mismo lenguaje se oyó en boca de otros portavoces de países árabes importantes, lo cual quería decir, en definitiva, que Palestina ya no era una injusticia que había que reparar sino una molestia que era preciso contener.

Lo más importante de todo es que ese conjunto de factores -las declaraciones, la propaganda israelí, el desprecio estadounidense hacia los árabes y la incapacidad árabe (y palestina) de formular y representar los intereses de su propio pueblo- ha provocado una inmensa deshumanización de los palestinos, cuyos tremendos sufrimientos de todos los días, de cada hora, de cada minuto, nadie reconoce. Es como si los palestinos no existieran más que cuando alguien lleva a cabo un acto terrorista; entonces, todo el mundo mediático se apresura a ahogar su existencia como pueblo vivo y sensible, con una historia real y una sociedad real, a base de cubrirlos con un enorme manto en el que se lee 'terroristas'. En toda la historia moderna, no conozco ningún caso de deshumanización sistemática que se aproxime a éste, pese a las voces discrepantes ocasionales.

Lo que me preocupa, sobre todo, es la cooperación de árabes y palestinos (colaboración sería una palabra más adecuada) en esa deshumanización. Nuestros escasos representantes en los medios de comunicación se pronuncian, en el mejor de los casos, con competencia y sin pasión sobre los méritos del discurso de Bush o el Plan Mitchell, pero nunca les he visto mostrar los sufrimientos de su pueblo, su historia, su realidad. He hablado muchas veces sobre la necesidad de una campaña masiva en EE UU contra la ocupación, pero, al final, he llegado a la conclusión de que, bajo esta espantosa y kafkiana ocupación israelí, los palestinos tienen pocas posibilidades de hacerla. En lo que sí creo que tenemos posibilidades es en el intento de establecer una asamblea constituyente asentada en la base. Llevamos tanto tiempo siendo objetos pasivos de la política de Israel y los árabes que no nos damos la suficiente cuenta de lo importante y urgente que es que los palestinos den por su cuenta un paso fundacional hacia la independencia, intenten instituir un nuevo proceso de construcción que genere legitimidad y la posibilidad de tener un sistema de gobierno mejor que el

actual. Todos los cambios de Gabinete y las elecciones que se han anunciado hasta ahora son juegos ridículos que aprovechan los fragmentos y las ruinas de Oslo. Para Arafat y su asamblea, empezar a planear la democracia es como intentar reunir los pedazos de un cristal hecho añicos.

Ahora bien, por suerte, la nueva Iniciativa Nacional Palestina anunciada hace dos semanas por sus autores, Ibrahim Dakkak, Mostafa Barghouti y Haidar Abdel Shafi, responde exactamente a esta necesidad, que nace del fracaso de la OLP y grupos como Hamás a la hora de ofrecer una vía de avance que no dependa (ridículamente, en mi opinión) de la buena voluntad de estadounidenses e israelíes. La Iniciativa propone una visión de paz con justicia, coexistencia y -cosa muy importante- una democracia social secular para nuestro pueblo, algo único en la historia palestina. Sólo unas personas independientes con raíces firmes en la sociedad civil, limpias de toda colaboración y corrupción, pueden aspirar a perfilar la nueva legitimidad que hace falta. Necesitamos una nueva Constitución, no una ley esencial manipulada por Arafat; necesitamos una auténtica democracia representativa que sólo los palestinos pueden darse a sí mismos, a través de una Asamblea constituyente. Ésta es la única medida positiva capaz de invertir el proceso de deshumanización que ha infectado tantos sectores del mundo árabe. En caso contrario, nos hundiremos en nuestro sufrimiento y seguiremos padeciendo las horribles tribulaciones del castigo colectivo de Israel, que sólo puede detenerse con una independencia política colectiva para la que todavía tenemos gran capacidad. Jamás lo harán la buena voluntad y la famosa 'moderación' de Colin Powell hacia nosotros. Jamás.

Edward Said

La desunión y el sectarismo

Implícita en la mayoría de los hallazgos del frecuentemente citado Informe 2002 sobre el Desarrollo Humano Árabe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo encontramos la extraordinaria falta de coordinación entre los países árabes. No deja de ser irónico el hecho de que se hable de los árabes y se aluda a ellos como grupo, a pesar de que raramente den la impresión de funcionar como conjunto, excepto de forma negativa. Por consiguiente, en el informe se afirma correctamente que no existe una democracia árabe. Las mujeres árabes son invariablemente una mayoría oprimida, y en ciencia y tecnología todos los Estados árabes están por detrás del resto del mundo. Ciertamente hay poca cooperación estratégica entre ellos y prácticamente ninguna en la esfera económica. En cuanto a cuestiones más concretas como la política hacia Israel, Estados Unidos y los palestinos, y a pesar de un frente común de vergonzosos apretones de mano y deshonrosa impotencia, percibimos una aprensiva determinación de no ofender a Estados Unidos en primer lugar, de no implicarse en una guerra o en la paz real con Israel, y de no pensar jamás en un frente común árabe ni siquiera con respecto a problemas que afectan al futuro o la seguridad de todos los árabes. Pero cuando se trata de la perpetuación de cada régimen, las clases gobernantes árabes están unidas en su objetivo y en su habilidad para sobrevivir. Estoy convencido de que este revoltijo de inercia e impotencia constituye una afrenta para todos los árabes. Ésta es la razón por la que muchos egipcios, sirios, jordanos, marroquíes y otros se han lanzado a las calles en apoyo del pueblo palestino que sufre la pesadilla de la ocupación israelí, mientras los líderes árabes se limitan a mirar y básicamente no hacen nada. Las manifestaciones callejeras no son sólo manifestaciones en apoyo de Palestina, sino también protestas por el efecto inmovilizante de la desunión árabe. Un signo todavía más elocuente del desencanto común es la desgarradoramente triste escena que suele verse en televisión de una mujer palestina buscando entre los escombros de su casa derruida por las excavadoras israelíes, y que se queja ante el mundo entero de 'vosotros los árabes, vosotros los árabes'. No hay testimonio más elocuente de la traición del pueblo árabe por parte de sus líderes (en su mayoría no elegidos) que esa acusación, que viene a decir: '¿Por qué vosotros los árabes nunca hacéis nada por ayudarnos?'. A pesar del dinero y la abundancia de petróleo, no hay más que el silencio de piedra de un espectador impasible. Desgraciadamente, incluso a nivel individual, la desunión y el sectarismo han paralizado un esfuerzo nacional tras otro. Tomemos el ejemplo más triste de todos, el caso del pueblo palestino. Recuerdo haberme preguntado durante los días de Ammán y Beirut qué necesidad había de que existieran entre ocho y doce facciones palestinas, cada una luchando por cuestiones inútilmente académicas de ideología y organización mientras Israel y las milicias locales nos sangraban. Mirando retrospectivamente los días de Líbano que llegaron a un terrible final en Sabra y Chatila, ¿qué propósito había en que el Frente Popular, Al Fatah y el Frente Democrático proclamaran eslóganes innecesariamente provocadores como 'El camino hacia Israel pasa por Juníé' mientras Israel se aliaba con las milicias del ala derecha libanesa para destruir la presencia palestina y servir a sus fines? ¿Y qué se ha conseguido con la táctica de Yasir Arafat de crear facciones, subgrupos y fuerzas de seguridad para que se pelearan entre ellas durante el proceso de Oslo y dejaran a su pueblo desprotegido y mal preparado para la destrucción israelí de la infraestructura y la reocupación de la Zona A? Siempre lo mismo: sectarismo, desunión, ausencia de un objetivo común, y, al final, es la gente de a pie la que acaba pagando el precio en sufrimiento, sangre y destrucción sin fin. Incluso en el plano de la estructura social, es casi un lugar común que los árabes como grupo luchan más entre sí que por un objetivo común. Somos individualistas, se dice a modo de justificación, ignorando el hecho de que dicha desunión y desorganización interna acaba perjudicando nuestra propia existencia como pueblo. Nada puede ser

más descorazonador que las disputas que corroen las organizaciones de expatriados árabes, especialmente en lugares como Estados Unidos y Europa, donde comunidades árabes relativamente reducidas están rodeadas por entornos hostiles y adversarios militantes que no repararán en nada a la hora de desacreditar la lucha árabe. Aun así, en lugar de tratar de unirse y trabajar juntas, estas comunidades están desgarradas por innecesarias luchas ideológicas entre facciones que no tienen ninguna relevancia inmediata, para las que no hay la más mínima necesidad en lo que concierne al entorno que las rodea.

Recientemente, me quedé pasmado viendo un programa de debate en la cadena de televisión Al Jazira en el que los dos participantes y un moderador innecesariamente provocador discutían vehementemente el activismo de los árabes estadounidenses durante la actual crisis. Uno de los hombres, un tal Dalbah, que fue identificado vagamente como 'analista político' en Washington (al parecer, sin afiliación o conexión institucional), se pasó todo el rato desacreditando al único grupo árabe estadounidense serio, el Comité Árabe Estadounidense contra la Discriminación (ADC, siglas en inglés), al que acusaba de ineficacia y a sus líderes de egoísmo, oportunismo y corrupción personal. El otro caballero, cuyo nombre no recuerdo, reconoció que sólo lleva en Estados Unidos unos años y no parecía estar muy enterado de lo que estaba pasando, pero, cómo no, alegaba que sus ideas eran mejores que las de todos los demás líderes comunitarios. Aunque sólo vi la primera y la última parte del programa, me quedé muy desilusionado y hasta un poco avergonzado con la discusión. ¿Qué pretendían?, me preguntaba. ¿Qué sentido tenía destrozarse una organización que ha estado haciendo el mejor trabajo con diferencia en un país en el que los árabes son inferiores en número y están peor organizados que las numerosas, mucho mayores y extremadamente bien financiadas organizaciones sionistas, y en el que la propia sociedad y los medios de comunicación son tan hostiles a los árabes, el islam y sus causas en general? Ninguno en absoluto, por supuesto, pero era un ejemplo de este pernicioso sectarismo por el que casi con regularidad pavloviana los árabes procuran hacerse daño y estorbarse unos a otros en vez de unirse tras un objetivo común. Porque, si hay poca justificación para tal comportamiento en tierras árabes, ciertamente hay aún menos razón para él en el extranjero, donde los individuos y las comunidades árabes están señalados y amenazados como extranjeros indeseables y terroristas.

El programa de Al Jazira fue todavía más ofensivo por su inexactitud gratuita y el innecesario daño personal infligido a la fallecida Hala Salam Maksoud, que literalmente dio su vida por la causa del ADC, y a su actual presidente, Ziad Asli, que renunció voluntariamente a su práctica médica para dirigir la organización a cambio de una bonificación. Dalbah insinuó una y otra vez que estos activistas estaban motivados por razones de ganancias monetarias personales, y que todo lo que hacía el ADC lo hacía mal. Aparte de la escandalosa falsedad de tales alegaciones, el cotilleo inútil y malicioso de Dalbah -no era más que eso- perjudicó a la causa colectiva árabe, dejando una estela de ira y más sectarismo. Asimismo, se debería señalar que, dado el entorno político extremadamente inhóspito para la causa árabe en Estados Unidos, el ADC ha cosechado un gran éxito en Washington y a nivel nacional como una organización que rebate las acusaciones contra los árabes en los medios de comunicación, que protege a los individuos de la persecución del Gobierno después del 11-S y que hace que los árabes estadounidenses sigan implicados y participen en el debate nacional. A causa del éxito que ha tenido bajo Asli, el sectarismo ha infectado a los empleados de la organización que de repente se han embarcado en una campaña de difamación personal disfrazada de argumento político. Naturalmente, todo el mundo tiene derecho a criticar, pero, ante amenazas como éstas a las que nos enfrentamos en EE UU, ¿qué razón hay para que nos fragmentemos y nos debilitemos de esa forma, cuando está claro que el único que se beneficia es el lobby israelí? Las organizaciones como el ADC son, antes que nada, organizaciones estadounidenses, y no pueden funcionar como partisanos en luchas que recuerdan a las de Fakahani a mediados de los años setenta.

Tal vez la principal razón para el sectarismo árabe en todos los niveles de nuestras sociedades, en los distintos países y en el extranjero, sea la marcada ausencia de ideales y modelos. Desde la muerte de Gamal Abdel Naser, independientemente de lo que uno pudiera pensar de algunas de sus políticas más ruinosas, ningún personaje ha captado la imaginación árabe ni ha tenido un papel a la hora de establecer una lucha popular por la liberación. Fijémonos en el desastre de la OLP, que desde sus días de gloria ha quedado reducida a un anciano sin afeitar, sentado ante una mesa rota, en una casa partida en dos en Ramala, intentando sobrevivir a toda costa, independientemente de que traicione o no, de que diga o no tonterías, de que lo que haga tenga o no sentido. (Hace un par de semanas se le citó diciendo que ahora acepta el plan de Clinton del año 2000; el único problema es que ahora estamos en 2002 y Clinton ya no es presidente). Han pasado años desde que Arafat representaba a su pueblo, sus sufrimientos y su causa, y, al igual que sus homólogos árabes, resiste como un fruto demasiado maduro sin ningún propósito o posición real. Por consiguiente, en la actualidad no existe un centro moral fuerte en el mundo árabe. El análisis convincente y la discusión racional han dado paso a las divagaciones fanáticas; la acción concertada en nombre de la liberación ha quedado reducida a ataques suicidas, y la idea, si no la práctica, de la integridad y la honestidad como modelos a seguir sencillamente se ha evaporado. Tan corrupta se ha vuelto la atmósfera que rezuma el mundo árabe que uno apenas sabe por qué unos triunfan mientras otros son encerrados en la cárcel. Como ejemplo terriblemente sorprendente, piensen en el destino del sociólogo egipcio Saeddedin Ibrahim. Puesto en libertad por un tribunal civil hace algunos meses, ahora acaba de ser juzgado, hallado culpable y condenado a una pena cruelmente injustificada por el Tribunal de Seguridad del Estado precisamente por los mismos 'crímenes' por los que había sido absuelto anteriormente. ¿Dónde está la justificación moral para jugar de esta manera con la vida, la carrera y la reputación de una persona? Hace cuestión de unos

meses era un asesor digno de la confianza del Gobierno y miembro de las juntas de varios institutos y proyectos árabes. Ahora se le considera un criminal condenado. ¿Qué intereses persigue este castigo gratuito, ya sea en virtud de la unidad nacional o de la estrategia coherente o por imperativo moral? Más sectarismo, más desintegración, más sensación de ir a la deriva y miedo, y el sentimiento generalizado de una justicia frustrada.

Los árabes han estado tanto tiempo privados de una sensación de participación y ciudadanía por sus gobernantes que la mayoría de nosotros hemos perdido incluso la capacidad de entender lo que un compromiso personal con una causa mayor que nosotros mismos puede significar. Creo que la lucha palestina es un milagro colectivo, el que un pueblo pueda soportar tal crueldad incesante por parte de Israel y aun así no renunciar. Pero ¿por qué no pueden dejarse más claras y ser más fáciles de seguir las lecciones de una resistencia viviente, en vez de suicida y nihilista? Éste es el auténtico problema, la ausencia en todo el mundo árabe y en el extranjero de un liderazgo que se comunique con su pueblo, no a través de notificaciones que expresan una indiferencia casi desdeñosa por ellos como ciudadanos, sino a través de la práctica real de la dedicación concertada y el ejemplo personal. Incapaces de apartar a Estados Unidos de su apoyo ilegal a los crímenes de Israel, los líderes árabes se limitan a arrojar una propuesta de ‘paz’ detrás de otra (siempre la misma), todas las cuales son rechazadas burlonamente tanto por Israel como por Estados Unidos. Bush y su secuaz psicópata Rumsfeld continúan filtrando noticias de su inminente invasión para un ‘cambio de régimen’ en Irak, y los árabes todavía no han expresado una posición unificada disuasoria contra esta nueva locura estadounidense. Cuando individuos y organizaciones como el ADC intentan hacer algo en nombre de una causa, son muertos a tiros por camorristas que tienen poco que hacer excepto destruir y alborotar.

Sin duda ha llegado el momento de empezar a pensar en nosotros como un pueblo con una historia y unos objetivos comunes, y no como un grupo de delincuentes cobardes. Pero eso depende de cada uno, y de nada sirve quedarnos de brazos cruzados echándoles la culpa a ‘los árabes’, porque, al fin y al cabo, los árabes somos nosotros.

El momento de más impotencia

Edward Said

Hace 60 años, los judíos europeos alcanzaron el punto más bajo de su existencia colectiva. Los soldados nazis les metían en trenes como ganado y les transportaban desde toda Europa a los campos de exterminio, en los que morían sistemáticamente asesinados en los hornos de gas. Presentaron cierta resistencia en Polonia, pero, en la mayoría de los lugares, para empezar perdieron su categoría de ciudadanos, luego les despidieron de sus trabajos, luego les tacharon de enemigos oficiales a los que había que destruir y luego les aniquilaron. Llegada la hora de la verdad, eran un pueblo totalmente impotente, considerado un enemigo pérfido e irresistible por parte de dirigentes y ejércitos cuyo poder era mucho mayor; lo cierto es que la propia idea de que los judíos pudieran representar una amenaza para el poder de países como Alemania, Francia e Italia era ridícula. Pero una idea generalizada, puesto que, con escasas excepciones, casi toda Europa volvió la vista a otro lado mientras les mataban. Es una ironía de la historia que la palabra más usada para calificarles en la abominable jerga oficial del fascismo fuera ‘terroristas’, del mismo modo que argelinos y vietnamitas fueron tachados de ‘terroristas’ posteriormente por sus enemigos.

Cada desastre humano es diferente, así que no tiene sentido buscar equivalencias entre uno y otro. Pero es indudable que, si hay una verdad universal en el Holocausto, es que ese trágico y cruel castigo colectivo no sólo no debería ocurrirles nunca jamás a los judíos, sino que no debería infligírsele a ningún pueblo en absoluto. Ahora bien, aunque no sirva de nada buscar equivalencias, sí sirve ver las analogías y tal vez las semejanzas ocultas, sin perder nunca el sentido de la proporción. En estos momentos, el Estado judío está haciendo que Yasir Arafat -independientemente de su historia de errores y desgobierno- se sienta como uno de aquellos judíos perseguidos. Y la mayor ironía del asedio del complejo en ruinas de Ramala que lleva a cabo el ejército israelí es que todo lo ha planeado y ordenado un dirigente psicópata que afirma representar al pueblo judío. No quiero exagerar con las analogías, pero se puede decir que los palestinos actuales, bajo la ocupación israelí, son tan impotentes como los judíos en los años cuarenta. El ejército, la fuerza aérea y la marina de Israel, con gran ayuda económica de Estados Unidos, han creado el caos entre la población civil indefensa de Cisjordania y la franja de Gaza. Desde hace medio siglo, los palestinos son un pueblo desposeído, con millones de refugiados y la mayoría de los que quedan bajo una ocupación militar que se remonta a hace 35 años, a merced de los colonos armados que roban sistemáticamente sus tierras y un ejército que ha matado a miles de palestinos. Otros muchos están encarcelados, o han perdido el trabajo, o son refugiados por segunda o tercera vez, y no tienen derechos civiles ni humanos.

Aun así, Sharon insiste en que Israel lucha por sobrevivir frente al terrorismo palestino. ¿Acaso hay algo más grotesco que esta afirmación, mientras este desquiciado asesino de árabes envía sus F-16, sus helicópteros de ataque y cientos de carros de combate

contra gente desarmada y sin defensas? Son terroristas, dice, y su líder, humillante prisionero en un edificio en ruinas y rodeado de la destrucción israelí, es el máximo architerrorista de todos los tiempos. Arafat tiene el valor y el orgullo de resistir, y su pueblo le apoya. Cada palestino siente la humillación deliberada que se le inflige como una crueldad sin objeto político ni militar, aparte del castigo puro y duro. ¿Qué derecho tiene Israel a hacer eso?

El simbolismo es espantoso, y todavía más al saber que la intención de Sharon y sus partidarios -para no hablar nada de su ejército criminal- es la que queda tan claramente ilustrada en dicho simbolismo. Los judíos israelíes son los poderosos. Los palestinos son su otro perseguido y despreciado. Por suerte para Sharon, tiene a Simón Peres, tal vez el mayor cobarde e hipócrita de la política mundial actual, que va por todas partes diciendo que Israel comprende las dificultades y está dispuesto a hacer que los cercos sean menos onerosos, mientras las cosas no sólo no mejoran, sino que los toques de queda, las demoliciones y las matanzas se intensifican. Y, por supuesto, la postura israelí consiste en pedir amplia ayuda humanitaria internacional, lo cual equivale -como dice Terje-Rod Larsen- a engañar a los donantes internacionales para que, en la práctica, den su apoyo a la ocupación israelí. Sharon debe de pensar que puede hacer lo que quiera y no sólo quedar impune, sino incluso llevar adelante una campaña cuyo propósito es asignar a Israel el papel de víctima.

A medida que aumentan las protestas populares en todo el mundo, la respuesta organizada de los sionistas ha sido quejarse de que está creciendo el antisemitismo. Hace sólo dos días, el rector de la Universidad de Harvard, Lawrence Summers, hizo pública una declaración que venía a decir que la campaña a favor de la desinversión emprendida por varios catedráticos -un intento de presionar a la universidad para que se deshaga de las acciones en empresas norteamericanas que venden material militar a Israel- era antisemita. ¡El rector judío de la universidad más antigua y rica del país se queja de antisemitismo! En la actualidad, cualquier crítica a la política israelí se equipara a un antisemitismo como el que dio pie al Holocausto, cuando en Estados Unidos no existe antisemitismo. Un grupo de intelectuales israelíes y norteamericanos está organizando una campaña de estilo macartista contra los profesores que han alzado la voz en contra de las violaciones de los derechos humanos por parte de Israel; el principal objetivo de la campaña es pedir a profesores y alumnos que delaten a sus colegas pro-palestinos en una clara intimidación contra la libertad de expresión y una restricción de las libertades universitarias.

Otra ironía más es que las protestas contra la brutalidad de Israel -la muestra más reciente, el humillante aislamiento de Arafat en Ramala- han sido masivas. Miles de palestinos han desafiado el toque de queda en Gaza y varias ciudades de Cisjordania para salir a la calle en defensa de su líder asediado. En cuanto a los dirigentes árabes, han permanecido callados, o impotentes, o ambas cosas. Todos ellos, incluido Arafat, llevan años hablando abiertamente de su voluntad de lograr la paz con Israel; dos países árabes importantes incluso tienen tratados con el Estado judío. Pero todo lo que Sharon les da a cambio es una patada en su trasero colectivo. Los árabes, ha dicho en repetidas ocasiones, sólo comprenden la fuerza, y ahora que tenemos poder les vamos a tratar como se merecen (y como nos trataban antes a nosotros).

Uri Avnery tiene razón: a Arafat le están asesinando. Y con él, según Sharon, morirán las aspiraciones de los palestinos. Es prácticamente un ejercicio de genocidio para ver hasta qué grados de sadismo y brutalidad puede llegar el poder israelí sin que nadie lo limite ni lo detenga. Sharon ha dicho que, en caso de que haya guerra con Irak -que va a haber-, aprovechará para vengarse de los iraquíes, cosa que, sin duda, les proporciona a Bush y Rumsfeld las pesadillas que merecen tener. El último intento de Sharon de cambiar un régimen fue el que llevó a cabo en Líbano en 1982. Colocó a Bashir Gemayel como presidente, éste le dijo inmediatamente que Líbano no sería jamás vasallo de Israel, luego Gemayel murió asesinado, se produjeron las matanzas de Sabra y Chatila y, al cabo de 20 años sangrientos y llenos de ignominia, Israel se retiró de Líbano lleno de resentimiento.

¿Qué conclusión hay que sacar de todo esto? Que la política israelí ha sido un desastre para toda la región. Cuanto más poder acumula, más ruina siembra en los países de alrededor -por no hablar de las catástrofes que ha desencadenado entre el pueblo palestino- y más odio despierta. Es un poder utilizado con fines perversos, no en defensa propia. El sueño sionista de un Estado judío que fuera un Estado normal como los demás se ha convertido en la imagen del jefe del pueblo palestino nativo cuya vida pende de un hilo, mientras los carros y las excavadoras israelíes siguen destruyendo todo a su alrededor. ¿Es ése el objetivo sionista por el que murieron cientos de miles de personas? ¿No son evidentes la lógica de resentimiento y violencia que impulsa toda esta situación y la fuerza que surgirá de la impotencia que ahora sólo puede ser testigo mudo pero algún día, sin duda, actuará? Sharon se enorgullece de haber desafiado al mundo entero, no porque el mundo sea antisemita, sino porque lo que hace en nombre del pueblo judío es escandaloso. ¿No ha llegado la hora de que los que no se sienten representados por sus espantosas acciones pongan fin a su comportamiento?

---

Israel, Irak y Estados Unidos

Edward W. Said

El 4 de junio de 1982 los aviones de combate israelíes emprendieron un pesado bombardeo contra muchas partes de Líbano. Dos días después el ejército israelí entró en el país por la frontera sur. Menahem Beguin era primer ministro, Ariel Sharon su secretario de defensa. La razón puntual de la invasión fue el intento de asesinato, en Londres, del embajador israelí, pero entonces, como ahora, Beguin y Sharon culparon a los “comandos terroristas” de la Organización de Liberación Palestina (OLP), cuyas fuerzas en el sur de Líbano habían observado, de hecho, un cese al fuego que duraba ya todo el año previo a la invasión.

Pocos días después, el 13 de junio, Beirut fue sitiado por los militares israelíes pese a que, al momento de iniciarse la campaña, el portavoz del Gobierno israelí había identificado como su objetivo el río Awali, 35 kilómetros al norte de la frontera. Después se sabría, no hay equívoco, que Sharon intentaba matar a Yasser Arafat bombardeando todo lo que rodeaba al desafiante líder palestino. Con el acoso se instrumentó un bloqueo de la ayuda humanitaria, se practicaron cortes en el agua y la electricidad y hubo una sostenida campaña de bombardeos aéreos que destruyó cientos de edificios en Beirut. A finales de agosto el combate había cobrado la vida de 18.000 palestinos y libaneses, la mayoría civiles.

Desde la primavera de 1975, El Líbano estaba en ruinas a causa de una terrible guerra civil y, aunque Israel invadió con su ejército sólo una vez antes de 1982, las milicias cristianas de derecha buscaron su alianza desde antes. Contando con un bastión en Beirut Oriental, estas milicias cooperaron con las fuerzas de Sharon durante el estado de sitio que concluyó en el espantoso bombardeo del 12 de agosto y por supuesto en las masacres de Sabra y Chatila. El principal aliado de Sharon fue Bashir Gemayel, cabeza del Partido de Falanges, quien fue elegido presidente por el parlamento el 23 de agosto.

Gemayel odiaba a los palestinos que, insensatos, entraron a la guerra civil en apoyo del Movimiento Nacional, una coalición amplia de la izquierda y los partidos nacionalistas árabes que incluía a Amal, antecedente del actual movimiento shiíta Hizbollah que habría de jugar un importante papel en la expulsión de los israelíes en mayo de 2000.

Después de que el Ejército de Sharon produjera de facto su elección, Gemayel se vio confrontado con la perspectiva de un vasallaje directo hacia Israel y parece haber puesto reparos. Lo asesinaron el 14 de septiembre. Dos días después comenzaron las masacres en los campamentos, al interior del cinturón de seguridad que el Ejército israelí tendió para que los extremistas cristianos, colegas vengativos de Gemayel, pudieran perpetrar sin oposición ni distracción su inmoral tarea.

El 21 de agosto entraron en Beirut tropas francesas bajo la supervisión de Naciones Unidas (y por supuesto la de Estados Unidos). Poco después se les unirían tropas estadounidenses y otras fuerzas europeas, aun cuando los combatientes de la OLP iniciaron la evacuación de El Líbano ese 21 de agosto. Para el primero de septiembre la evacuación había concluido y Arafat junto con un pequeño grupo de asesores y soldados recibió alojamiento en Túnez. Pero la guerra civil en El Líbano habría de continuar hasta 1990, momento en que se instaló un concordato en Taif para más o menos restaurar el viejo sistema confesional que perdura hasta hoy. A mediados de 1994, Arafat todavía entonces cabeza de la OLP y algunos de sus asesores y soldados pudieron entrar en Gaza como parte de los llamados Acuerdos de Oslo.

A principios de 2002 Sharon declaró que lamentaba no haber podido matar a Arafat en Beirut. No por falta de ganas, porque sus fuerzas redujeron a escombros docenas de escondites y enclaves militares con gran pérdida de vidas. 1982 endureció a los árabes, supongo que al comprender que Israel usaría tecnología avanzada (aviones, tanques, misiles y helicópteros) para atacar civiles indiscriminadamente, y que ni Estados Unidos ni los otros árabes harían nada por impedir estas acciones aunque implicaran ir contra ciudades principales y dirigentes. (Si se quiere ahondar en este episodio hay que revisar los libros *Under Siege*, de Rashid Khalidi, Nueva York, 1986; *Pity the Nation*, de Robert Fisk, Londres, 1990. En cuanto a la guerra civil libanesa específicamente, véase *Going All the Way*, de Jonathan Randall, Nueva York, 1983.)

Así terminó el primer intento contemporáneo de un Estado soberano por cambiar el régimen de otro, mediante vías militares de escala total, en Medio Oriente. Lo traigo a cuento, como revuelto telón de fondo de lo que ocurre ahora. Sharon es hoy el primer ministro de Israel, sus ejércitos y su maquinaria de propaganda rodean y deshumanizan, una vez más, a Arafat y a los palestinos acusándolos de “terroristas”. Es importante recordar que Tel Aviv comenzó a emplear sistemáticamente el término “terrorista” para describir cualquier acto de resistencia por parte de los palestinos desde mediados de los años 70. A partir de entonces ésa es la regla, y se utilizó en especial entre 1987-1993, durante la primera Intifada, eliminando cualquier distinción entre resistencia y mero terrorismo, lo que con eficacia despolitizó las razones de la lucha armada.

Durante los años 50 y 60, Ariel Sharon se ganó sus espuelas, es un decir, al encabezar la infame Unidad 101 que asesinaba árabes y arrasaba sus hogares con la aprobación de Ben Gurión. Estuvo a cargo de la pacificación de Gaza en 1970-1971. Nada de esto, incluida su campaña bélica de 1982, logró erradicar al pueblo palestino, o alterar el mapa o el régimen lo suficiente como para asegurar con métodos militares una victoria total israelí.

La diferencia principal entre lo ocurrido en 1982 y lo que ocurre en 2002 es que ahora los palestinos están sitiados y son victimados en sus propios territorios ocupados por los israelíes en 1967, donde han permanecido pese a los estragos de la ocupación, pese a la destrucción de la economía y de toda su infraestructura civil de vida colectiva. La semejanza central yace, por supuesto, en los

desproporcionados métodos empleados para perpetrarlo: por ejemplo, los cientos de tanques y bulldozers usados para entrar a localidades palestinas como Jenin o a campos de refugiados como Deheishesh para matar y vandalizar, para evitar que las ambulancias y los equipos de primeros auxilios cumplan su tarea, para cortar el agua y la electricidad, y más. Todo lo anterior con el respaldo de Estados Unidos, cuyo presidente llegó al punto de llamar hombre de paz a Sharon, y eso durante las peores escaladas de marzo y abril de 2002.

Que los soldados de Sharon destruyeran todos los ordenadores y se llevaran todos los archivos y los discos duros de la Oficina Central de Estadística, el Ministerio de Educación, de Finanzas, de Salud, de los centros culturales, y vandalizaran las bibliotecas y oficinas, ilustra muy bien que las intenciones de Sharon rebasan “la erradicación del terrorismo” y tienen por objetivo reducir la vida colectiva palestina a un nivel pre moderno.

No quiero recomenzar mis críticas a las tácticas de Arafat ni a los fracasos de su deplorable régimen durante las negociaciones de Oslo o de ahí en adelante. Ya lo hice en extenso y en otras partes. Además, mientras escribo, este hombre se afierra a la vida literalmente con los dientes; su cuartel general en Ramallah se desmorona y está bajo sitio. Mientras, Sharon hace lo imposible por herirlo y ha estado a punto de asesinarlo. Lo que me preocupa ahora es la manera en que la idea de un cambio de régimen se torna un proyecto atractivo para individuos e instituciones (con sus ideologías) cuando son asimétricamente más poderosos que sus adversarios.

Qué clase de razonamiento vuelve fácil concebir un gran poder militar que dé licencia para emprender un cambio social y político a una escala no imaginada antes, con tan poca consideración por el daño enorme que dicho cambio, por fuerza, entraña.

¿Cómo es que la expectativa de minimizar el riesgo de bajas de la propia parte estimula más y más fantasías de que se puede crear democracia o algo así mediante ataques quirúrgicos, guerra aséptica, campos de batalla de alta tecnología o reacomodos totales del mapa? ¿Cómo es que tales fantasías incuban ideas de omnipotencia, la suposición de que se puede borrar el pizarrón y mantener un control absoluto de lo que le importa a “nuestro” bando?.

Durante la actual campaña estadounidense por lograr un cambio en el régimen de Irak, desapareció de nuestra atención el hecho de que es el pueblo iraquí, su vasta mayoría, quien paga un precio terrible en pobreza, desnutrición y enfermedades, como resultado de diez años de sanciones. Lo anterior cumple a la perfección con la política estadounidense en Medio Oriente, una construida sobre dos poderosos pilares: la seguridad de Israel y las vastas reservas de petróleo barato.

El complejo mosaico de tradiciones, religiones, culturas, etnicidades e historias que conforman el mundo árabe, especialmente en Irak, a pesar de la existencia de Naciones-estados regidos por indolentes y despóticos gobernantes, se pierde en las maniobras de quienes planifican la estrategia estadounidense e israelí. Pese a los cinco mil años de su historia, Irak es visto ahora como una “amenaza” para sus vecinos (lo que en su actual condición de debilidad y cerco es realmente una estupidez) o como una “amenaza” para la libertad y la seguridad de Estados Unidos, lo que constituye un sin sentido todavía mayor. No me voy a molestar aquí en añadir mi condena a Saddam Hussein como persona espantosa: doy por hecho que merece ser destituido y castigado, de acuerdo a casi toda consideración. Lo peor es que es una amenaza para su propio pueblo.

Sin embargo, desde el periodo anterior a la primera guerra del Golfo, la imagen de Irak como país árabe próspero y diverso ha desaparecido: la imagen que circula en los medios y en el discurso de la política es el de una tierra desértica habitada por bandas brutales encabezadas por Hussein.

Pero lo que nunca se menciona es que esta degradación de lo que es Irak tiene en la ruina, por ejemplo, a la industria editorial iraquí cuando que Irak aportaba el mayor número de lectores en el mundo árabe por ser uno de los pocos países árabes con amplia clase media profesional ilustrada y competente. Tampoco se menciona que siempre fue el centro cultural del Mundo Árabe (el imperio abásida con su gran literatura, filosofía, arquitectura, ciencia y medicina fue una contribución fundamental iraquí y es todavía la base de la cultura árabe), que tiene petróleo, agua y tierra fértil, que para los otros árabes la herida sangrante del sufrimiento iraquí (al igual que el calvario palestino) es fuente de pena continua para árabes y musulmanes por igual.

Sus vastas reservas de crudo, empero, son una realidad. El argumento recurrente es que si “nosotros” se lo quitáramos a Saddam y las controláramos, no seríamos tan dependientes del petróleo saudita. Vale la pena mencionar que después de Arabia Saudita, Irak tiene las más grandes reservas de crudo en el planeta: aproximadamente 1.1 billones de dólares en petróleo mucho del cual Saddam tiene comprometido con Rusia, Francia y otros cuantos países que son objetivo crucial para la estrategia estadounidense y la mejor carta con que cuenta el Congreso Nacional Iraquí en su trato con los consumidores de petróleo no estadounidense. (Para más detalles léase *Oiling the Wheels of War*, *The Nation*, 7 de octubre.) Buena parte de las negociaciones entre Putin y Bush tienen que ver con la tajada que las compañías petroleras estadounidenses podrían prometerle a Rusia. Esta es un truculenta reminiscencia de los 3 mil millones de dólares que Bush padre ofreciera a Rusia. Ambos Bush son comerciantes en petróleo, después de todo, y les preocupa más esta suerte de cálculo que los aspectos delicados de su política hacia Medio Oriente, como volver a dismantelar la infraestructura civil de los iraquíes.

Es así que el primer paso en la deshumanización del odiado Otro es reducir su existencia a unas cuantas frases, imágenes y conceptos simples, repetidos con insistencia. Esto facilita bombardear al enemigo sin remordimiento. Después del 11 de septiembre,

es bastante fácil para Israel y para Estados Unidos hacer lo correspondiente con los pueblos palestino e iraquí. Pero el punto a destacar es la preponderancia avasalladora de la misma política y los mismos y severos plan uno, plan dos o plan tres puestos a operar por los mismos estadounidenses e israelíes.

En Estados Unidos, según lo anotó Jason Vest en *The Nation* (2-9 de septiembre), la gente del Instituto Judío de Seguridad Pública (JINSA) y del Centro de Políticas de Seguridad (CSP), ambos del ala derecha, es quien copa los comités del Pentágono y del Departamento de Estado, incluido el que opera Richard Perle (designado por Wolfowitz y Rumsfeld). La seguridad estadounidense y la israelí se igualan y el JINSA se gasta “el grueso de su presupuesto en enviar una parvada de generales y almirantes estadounidenses a Israel”. A su regreso escriben editoriales y aparecen en la televisión remachando la línea del Partido Likud. La revista *Time* publicó en su número del 23 de agosto un texto acerca de la Junta de Políticas de Defensa del Pentágono, muchos de cuyos miembros provienen del JINSA o del CSP, titulado “El consejo secreto de la guerra, por dentro”.

En cuanto a Sharon, sigue remachando que su campaña contra “el terrorismo palestino” es idéntica a la guerra estadounidense contra el terrorismo en general, y contra Osama Bin Laden y Al Qaeda en particular. Y éstos, alega, son a su vez parte de la misma Internacional Terrorista que agrupa a muchos musulmanes por toda Asia, Africa, Europa, Norteamérica, pese a que el eje del mal definido por Bush parezca, por el momento, concentrarse en Irak, Irán y Corea del Norte.

Hoy son 132 países los que cuentan con algún tipo de presencia militar estadounidense, toda ella vinculada a “la guerra contra el terrorismo”, una que sigue sin definirse flotando así como látigo para acicatear más frenesí y temor patriotero, más apoyo a las acciones militares en el frente interno, donde las cosas van de mal en peor.

Las áreas principales de Gaza y Cisjordania están ocupadas por tropas israelíes que de rutina matan o detienen palestinos sobre la base de ser “sospechosos” de terrorismo o de militancia. Las casas o las tiendas son demolidas con el pretexto de alojar fábricas de bombas, células terroristas y lugares de reunión de militantes. No se ofrecen pruebas. Ni las exigen los reporteros que aceptan las catalogaciones israelíes sin un murmullo.

Con este esfuerzo de deshumanización sistemática se ha tendido entonces una inmensa alfombra de mistificación y abstracción sobre el Mundo Árabe. Lo que el ojo y el oído perciben es terror, fanatismo, violencia, odio a la libertad, inseguridad, y las más avanzadas armas de destrucción masiva que se descubrirían en donde todos sabemos pero nunca se buscan (en Israel, Pakistán, India y obviamente en Estados Unidos entre otros países), y no en los hipotéticos enclaves terroristas, en manos de Saddam o de una banda fanática, etcétera. Una figura constante en esta alfombra es que los árabes odian a Israel y a los judíos sin más razón que por odiar también a Estados Unidos.

Potencialmente, el enemigo más temible de Israel es Irak por los recursos económicos y humanos con que cuenta. Los palestinos son formidables porque se atraviesan en el camino de la hegemonía y la ocupación de tierras israelí. Los israelíes de derecha, como Sharon, que representan la ideología del Gran Israel y que reclaman toda la Palestina histórica como patria judía, han sido especialmente eficaces en hacer de su visión regional algo dominante entre sus simpatizantes en Estados Unidos.

Según Uzi Landau, ministro de Seguridad Interna israelí (y miembro del Partido Likud), quien apareció en la televisión estadounidense el verano pasado, hablar de “ocupación” no tiene sentido. “Somos un pueblo que regresa a casa”. El conductor del programa, Mort Zuckerman (dueño de *US News and World Report* y cabeza del Consejo de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías), no hurgó siquiera en este extraordinario concepto. Pero el 6 de septiembre, en *Yediot Aharanot*, el periodista israelí Alex Fishman describió a Condoleezza Rice, Rumsfeld (ahora él también se refiere a los “supuestos territorios ocupados”), Cheney, Paul Wolfowitz, Douglas Feith y Richard Perle (que encargara el famoso Informe Rand que señala a Arabia Saudita como enemigo y a Egipto como el premio que obtendrá Estados Unidos en el Mundo Árabe) y sus “revolucionarias ideas” como aterradoramente guerreristas porque buscan alterar los regímenes de todos los países árabes. Fishman afirmó que Sharon ha dicho que este grupo y muchos de los miembros de JINSA y CSP, y conectados con AIPAC, filial del Washington Institute of Near East Affairs domina el pensamiento de Bush (si es que puede llamársele pensamiento). Y dice: “en comparación con nuestros amigos estadounidenses, Effi Eitam (uno de los más recalcitrantes duros en el gabinete israelí) es una blanca paloma”.

La otra cara, más aterradora, es la proposición no rebatible de que si “nosotros” no nos apropiamos en exclusiva del terror (o de cualquier otro enemigo potencial) seremos destruidos. Es esta proposición el corazón de la estrategia de seguridad estadounidense y la anuncian a tambor batiente (en entrevistas y en programas de debate) Rice, Rumsfeld y Bush mismo. La declaración formal de este punto de vista se presentó hace poco en La estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos, un documento oficial preparado como manifiesto global de la nueva política exterior del gobierno, posterior a la guerra fría. El supuesto de trabajo es que vivimos en un mundo excepcionalmente peligroso donde existe realmente una red de enemigos que cuentan con fábricas, oficinas e incontables miembros, cuyo único propósito de vida es destruir “nos”, a menos que los destruyamos primero. Esto enmarca y confiere legitimidad a la “guerra contra el terrorismo” y contra Irak, para la cual se ha pedido al Congreso y a Naciones Unidas su respaldo. Existen individuos y grupos fanáticos, por supuesto, y muchos de ellos están en favor de infligir daños a Israel o a Estados Unidos. Por otro lado, en los mundos árabe e islámico se percibe a Estados Unidos e Israel como los creadores de los extremistas jihadis, de los cuales Bin Laden es el más famoso, y como quienes (con tal del proseguir con sus políticas hostiles y destructivas en esos

ámbitos) transgreden impunemente las leyes internacionales y las resoluciones de Naciones Unidas.

David Hirst, en su columna del Guardian fechada el 6 de septiembre en El Cairo, escribe que aun aquellos árabes que se oponen a sus despóticos regímenes “considerarán el ataque estadounidense como un acto de agresión dirigido no sólo contra Irak sino contra la totalidad del Mundo Árabe, algo que se tornará supremamente intolerable, pues se emprenderá en beneficio de Israel, que cuenta con un enorme arsenal de armas de destrucción masiva que a ellos no les permiten tener. Esto les parece abominable”.

Digo también que existe un relato específico de la experiencia palestina y, al menos desde mediados de los 80, una voluntad formal por hacer la paz con Israel que contradice la más reciente amenaza terrorista representada por Al Qaeda o la supuesta amenaza espuria encarnada en Saddam Hussein, quien por supuesto es un hombre terrible pero no podría lanzar una guerra intercontinental. Sólo en ocasiones el Gobierno estadounidense se atreve a decir que Hussein podría ser una amenaza para Israel, pero ése parece ser uno de sus pecados más graves. Ninguno de sus vecinos lo percibe como amenaza. Los palestinos e Irak se involucran tan poco, que su relación no constituye la amenaza que los medios refuerzan como percepción vez tras vez. Las historias sobre los palestinos que aparecen en publicaciones pulimentadas e influyentes de gran circulación como The New Yorker y The New York Times Magazine los muestran como fabricantes de bombas, colaboracionistas, asesinos suicidas y todo aquello. Ninguna de estas revistas ha publicado nada desde el punto de vista árabe desde el 11 de septiembre. Nada en lo absoluto.

Así que cuando el Gobierno estadounidense cañonea como Dennis Ross (negociador en jefe de Clinton en las pláticas de Oslo y miembro de una filial del cabildeo israelí, antes y después), insistiendo en que los palestinos rechazaron una generosa oferta en Campo David, distorsiona flagrantemente los hechos, como muestran muchas fuentes con autoridad moral. Lo que Israel concedía eran áreas palestinas no contiguas rodeadas de asentamientos y puestos de seguridad israelíes, sin frontera común entre Palestina y algún otro Estado árabe (Egipto al sur o Jordania al este, por ejemplo).

Nadie se ha tomado la molestia de preguntar por qué se aplican términos como “oferta” y “generosa” cuando el territorio lo mantiene ilegalmente una fuerza de ocupación que contraviene las leyes internacionales y varias resoluciones de Naciones Unidas. Pero dado el poder de los medios para repetir, repetir y subrayar frases simples, más los esfuerzos incansables de la plataforma de cabildeo israelí por remachar la misma idea Dennis Ross es particularmente necio en proferir esta falsedad la idea ya quedó fijada: los palestinos escogieron “el terrorismo y no la paz”. Hamas y la Jihad Islámica no son vistas como parte (tal vez una confundida) de la lucha palestina por librarse de la ocupación militar israelí, sino como elemento de una ambición general palestina por aterrorizar, amenazar y ser un peligro. Como Irak.

De cualquier modo, con el nuevo y bastante improbable alegato del gobierno estadounidense de que el Irak secular ha dado refugio y entrenamiento a la enloquecida y teocrática Al Qaeda, el caso contra Saddam Hussein parece cerrado. El consenso gubernamental que prevalece (aunque sigue debatiéndose) es que como los inspectores de Naciones Unidas no pueden asegurar qué tanto tiene de armas de destrucción masiva, qué tanto esconde y qué trama, hay que atacarlo y destituirlo.

Desde el punto de vista estadounidense, dirigirse a Naciones Unidas para pedir su autorización tiene por objeto lograr una resolución tan tiesa y punitiva que ya no importe si Saddam accede o no: será incriminado por haber violado “las leyes internacionales” a tal grado, que su mera existencia justificará un cambio militar de régimen.

A fines de septiembre, por otra parte, en una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU aprobada por unanimidad (con abstención de Estados Unidos) se emplazó a Israel a poner fin al estado de sitio del cuartel de Arafat en Ramala y a retirarse del territorio palestino ocupado ilegalmente desde marzo (el pretexto de Israel ha sido la “autodefensa”). Israel se niega a cumplir y la razón subyacente para que Estados Unidos no haga nada por impulsar su propia postura expresada antes es que “nosotros” entendemos que Israel debe defender a sus ciudadanos. El porqué se busca a Naciones Unidas en un caso y se le ignora en otro es una de esas inconsistencias en las que Estados Unidos simplemente recae.

Donald Rumsfeld y sus colegas profieren una limitada serie de frases inventadas como “erradicación anticipatoria”, “autodefensa preventiva” (o el otro eufemismo, más extraño, de “destrucción constructiva”) para persuadir al público de que los preparativos para la guerra contra Irak o cualquier otro Estado necesitado de un “cambio de régimen” están apuntalados en la noción de la autodefensa. Al público se le mantiene en ascuas mediante repetidas alertas rojas o naranjas, se alienta a las personas a informar a las autoridades encargadas de mantener el orden sobre cualquier conducta “sospechosa”, y miles de musulmanes, árabes o sudasiáticos son detenidos y en algunos casos arrestados bajo sospecha. Todo esto se emprende a instancias del presidente como una faceta del patriotismo y el amor por America.

Aún no soy capaz de entender qué significa amar a un país (en el discurso político estadounidense el amor por Israel es también frase corriente), pero parece significar una lealtad ciega e incuestionable a los poderes en turno que, con su secrecía, evasividad y renuencia activa a comprometerse con un público alerta pero sin respuestas sistemáticas o coherentes, hasta el momento ocultan lo feo y destructivo de toda la política del Gobierno de Bush en torno a Irak y Oriente Medio.

Es tan poderoso Estados Unidos en comparación con la mayoría de los otros países importantes combinados, que en realidad no se le puede constreñir ni obligar a cumplir con ningún sistema internacional de conducta, ni siquiera con alguno que su propio Secretario de Estado pudiera anhelar. La abstracción de si “debemos” o no ir a la guerra contra un Irak situado a más de 11 mil kilómetros de

distancia, pesa al discutir una política exterior que despoja a otro pueblo de cualquier identidad humana densa o real. Vistos desde los sensores de los misiles inteligentes o por la televisión, Irak y Afganistán son cuando mucho un tablero de ajedrez donde “nosotros” tomamos la decisión de entrar, destruir, reconstruir o no, a voluntad. El término “terrorismo”, como la guerra contra éste, sirve muy bien para alimentar este sentimiento pues, comparada con muchos europeos, la gran mayoría de estadounidenses no ha tenido contacto con los pueblos musulmanes ni ha vivido la experiencia de sus tierras. No ha podido sentir la trama de la vida que una campaña sostenida de bombardeos haría jirones (como en Afganistán).

El terrorismo, percibido como una emanación surgida de esos tejidos bien financiados por “decisión” de gente que odia nuestras libertades y que está celosa de nuestra democracia, tiene a los polemistas debatiendo en formas de lo más extravagantes, desubicadas y despolitizadas.

La historia y la política desaparecen, todo porque la memoria, la verdad y la existencia humana real se han degradado con mucha eficacia. Uno ya no puede hablar del sufrimiento palestino o de la frustración árabe porque la presencia de Israel en Estados Unidos lo hace imposible. En una manifestación fervientemente pro israelí ocurrida en mayo, Paul Wolfowitz mencionó de pasada el sufrimiento palestino, y fue abucheado sonoramente: nunca volvió a referirse a éste.

Es más, una política de libre comercio o de derechos humanos coherente, que se apegara fielmente a las virtudes subyacentes de los derechos humanos, la democracia y las economías libres que se supone profesamos, resulta minada al interior de Estados Unidos por ciertos grupos de interés (como lo prueba la influencia de algunas plataformas étnicas de cabildeo, de las industrias de defensa y acero, el cártel petrolero, la agroindustria, los retirados, la camarilla pro armas, por mencionar sólo algunos). Cada uno de los 500 distritos electorales representados en Washington, por ejemplo, cuenta con una industria de defensa o relacionada con ella. Como dijera el secretario de Estado, James Baker, justo antes de la primera guerra del Golfo, la causa real de la guerra contra Irak son los “empleos”.

Si se trata de relaciones exteriores, vale recordar que sólo 25-30 por ciento de los miembros del Congreso tiene pasaporte (contra 15 por ciento de estadounidenses que viaja al exterior) y que lo que dicen o piensan tiene menos que ver con historia, filosofía o ideales que con quién influye en las campañas de sus miembros y envía dinero, etcétera. Dos importantes miembros camarales, Earl Hilliard, de Alabama, y Cynthia McKinney, de Georgia personas que apoyan el derecho de los palestinos a la autodeterminación y mantienen críticas hacia Israel, fueron derrotados recientemente por candidatos relativamente oscuros, bien financiados con dinero de Nueva York (es decir judío) de fuera de sus estados, como ahora se sabe abiertamente. A ambos derrotados la prensa los vapuleó acusándolos de extremistas y antipatriotas.

En lo referente a la política estadounidense en Medio Oriente, el grupo de consulta israelí no tiene parangón y ha convertido la rama legislativa del gobierno en lo que el ex senador Jim Abourezk llamó alguna vez territorio ocupado por israelíes. No existe siquiera un grupo árabe comparable, o que funcione con eficacia. Un caso que ilustra lo anterior son las periódicas resoluciones, no solicitadas, que el Senado envía al presidente con el objeto de enfatizar, subrayar, reiterar el respaldo estadounidense a Israel. Hubo una de estas resoluciones en mayo, justo cuando las fuerzas israelíes ocupaban, de hecho destruían, todos los poblados principales de Cisjordania.

Una de las desventajas de este respaldo de pared a pared que se brinda a Israel en sus políticas extremas es que, en el largo plazo, resultará negativo para Israel como país de Medio Oriente. Tony Judt argumenta el caso muy bien, sugiriendo que la insistencia israelí de permanecer en tierra palestina no conduce a nada y únicamente difiere la retirada inevitable.

Todo el revuelo de guerra contra “el terrorismo” permite a Israel y a sus simpatizantes cometer crímenes de guerra contra la población palestina de Cisjordania y Gaza, 3.4 millones que se han convertido (según la frase de moda) en “daños colaterales no combatientes”. Terje- Roed Larsen, encargado especial de Naciones Unidas para los Territorios Ocupados, acaba de publicar un reporte en el que acusa a Israel de inducir una catástrofe humana: el desempleo alcanza 65 por ciento, 50 por ciento de la población vive con menos de dos dólares al día, y la economía está desbaratada, por no hablar de la vida de la gente.

Puestos a comparar, el sufrimiento y la inseguridad de Israel son mucho menores: no hay tanques palestinos que ocupen parte alguna o que amenacen algún asentamiento israelí. Hace dos o tres semanas Israel mató a 75 palestinos, muchos de ellos niños, demolió casas, deportó gente, arrasó tierras valiosas arrancando sus árboles, mantuvo a todo el mundo en sus casas mediante toques de queda de 80 horas seguidas, impidió con bloqueos carreteros el paso de civiles, ambulancias y asistencia médica; practicó más cortes de agua y electricidad. Las escuelas y las universidades no pueden funcionar.

Aunque lo anterior ocurre a diario, y la ocupación y las docenas de resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas tienen ya una vigencia de 35 años, sólo en ocasiones se mencionan en los medios estadounidenses, a manera de colofones en largos artículos tocantes a los debates del gobierno de Israel o cuando ocurre algún desastroso bombazo suicida. La frasecita “sospechosos de terrorismo” es justificación y epitafio para cualquiera a quien Sharon decida eliminar. Estados Unidos no objeta sino los casos más leves diciendo, por ejemplo, que hacer tan poco no sirve para disuadir la siguiente andanada de asesinatos.

Nos acercamos al corazón del asunto. Debido a los intereses israelíes en Estados Unidos, la política de este país en torno a Medio Oriente es, por tanto, israelocéntrica. Como escalofriante conjetura posterior al 11 de septiembre, los halcones neoconservadores,

cuya visión de Medio Oriente tiene por compromiso la destrucción de los enemigos de Israel, racionalizan en lo teórico a la Derecha Cristiana, el Grupo Israelí y la beligerancia semirreligiosa del Gobierno de Bush, para con eufemismo etiquetar esta destrucción como el nuevo trazo de un mapa que traerá un cambio de régimen y “democracia” en los países árabes que más amenazan a Israel. (Ver La Alianza entre la derecha cristiana de EE.UU. y la derecha judía, de Ibrahim Warde, *Le Monde Diplomatique*, septiembre de 2002, y “Born-Again Zionists”, de Ken Silverstein y Michael Scherer, *Mother Jones*, octubre de 2002.)

La campaña de Sharon por reformar Palestina no es sino la otra cara de su esfuerzo por destruir a los palestinos en lo político, ambición de toda su vida. Egipto, Arabia Saudita, Siria, incluso Jordania, han recibido varias amenazas pese a que, aun siendo regímenes desastrosos, recibían apoyo de Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial, como el mismo Irak.

A todo aquel que sepa algo del Mundo Árabe le resulta obvio que este frágil estado de cosas se recrudecerá una vez que Estados Unidos ataque Irak. Los simpatizantes de la política del Gobierno estadounidense sueltan de cuando en cuando frases vagas que hablan de lo emocionante que será instalar una democracia en Irak y en otros estados árabes, sin mucha consideración por lo que significará ésta para la gente que vive la experiencia real ahí, especialmente cuando los B-52 desgarran su tierra y sus hogares, inexorablemente. No me imagino a ningún árabe o iraquí que no quiera ver destituido a Saddam Hussein. Todo indica que las acciones militares israelo-estadounidenses han empeorado las condiciones cotidianas de la gente común, pero ni de lejos se comparan con la terrible ansiedad, las distorsiones psicológicas y las deformaciones políticas impuestas a estas sociedades.

Hoy, ni siquiera una parte de la oposición iraquí expatriada que han cortejado por lo menos dos gobiernos estadounidenses, ni algunos generales estadounidenses al estilo Tommy Franks, cuentan con mucha credibilidad como posibles gobernantes de Irak después de una guerra. Tampoco parece haber mucha reflexión en torno a lo que Irak requiere una vez derrocado el régimen, cuando los actores internos se muevan de nuevo, cuando incluso el partido Baaz esté desintoxicado. Puede ocurrir que ni siquiera el Ejército iraquí levante un dedo para combatir al lado de Saddam.

Es interesante que en una audiencia reciente del Congreso, tres ex generales del Comando Central estadounidense expresaran serias reservas, y yo diría devastadoras, por los azares en la planeación militar de toda esta aventura. Pero aun esas dudas se quedan cortas ante el problema del faccionalismo interno de Irak o de su dinámica etno-religiosa, sobre todo después de 30 años bajo el poder debilitador del partido Baaz, de las sanciones de Naciones Unidas y dos grandes guerras (tres si Estados Unidos ataca). Es suficiente saber, para luego estremecerse, que Fouad Ajami y Bernard Lewis son los dos principales expertos asesores del gobierno. Ambos son ideológica y virulentamente antiárabes y están desacreditados ante la mayoría de sus colegas. Lewis nunca ha vivido en el Mundo Árabe y lo que tenga que decir es basura reaccionaria; Ajami es del sur de Líbano, un hombre alguna vez progresista y simpatizante de la lucha palestina, que se convirtió a la extrema derecha abrazando sin reservas el sionismo y el imperialismo estadounidense.

El 11 de septiembre pudo haber iniciado un periodo de reflexión y ponderación de la política exterior estadounidense después del impacto de una atrocidad tan descomunal. Es muy cierto que tal terrorismo debe confrontarse y combatirse, pero en mi opinión lo primero a considerar es la resaca de una respuesta de fuerza y no sólo la inmediata e irreflexiva respuesta violenta.

Hoy nadie argumentaría, ni siquiera después de la debacle de los talibanes, que Afganistán es un lugar más seguro y mucho mejor, si asumimos el punto de vista de tantos ciudadanos que aún padecen.

Queda claro que reconstruir dicha nación no es la prioridad de Estados Unidos, ya que otras guerras y otros escenarios atraen su atención y lo apartan de su último campo de batalla. Además, qué significa que los estadounidenses emprendan la reconstrucción de una nación con cultura e historia tan diferentes de la de ellos como Irak. Tanto el Mundo Árabe como Estados Unidos son mucho más complejos y dinámicos que lo expresado en frases resonantes plenas de lugares comunes en torno a la guerra. Esto es obvio después de los ataques estadounidenses a Afganistán.

Para complicar las cosas, hay voces de considerable peso en la cultura árabe de hoy que disienten, y hay movimientos reformadores de amplio espectro. Lo mismo ocurre en Estados Unidos, donde, a juzgar por mis recientes experiencias en varias sedes universitarias, la mayoría de los ciudadanos está angustiada por la guerra, ansiosa por saber más. Deseosa sobre todo de no ir a una guerra de tal belicosidad mesiánica y tan vagos objetivos. Entre tanto, como lo puso *The Nation* en su último editorial, el país marcha hacia la guerra como en trance, mientras el Congreso (con excepciones que aumentan) simplemente abdicó de su papel de representar los intereses del pueblo.

Habiendo vivido al interior de dos culturas toda mi vida, me apabulla que el llamado choque de civilizaciones, esa noción reduccionista y vulgar tan de moda, se haya apoderado de la razón y la acción.

Lo que necesitamos es tejer un tramado universalista de ideas que nos permita comprender y pelear contra gente como Saddam Hussein y con Sharon, con gobernantes como los de Myanmar, Siria, Turquía y el resto de otros países donde las depredaciones han pervivido sin la suficiente resistencia.

Debemos oponernos a la demolición de casas, a la tortura, a la negación del derecho a la educación donde quiera que ocurran. No conozco otra manera de recrear o restaurar este tramado de ideas sino la educación, propiciando la discusión abierta, el intercambio y la honestidad intelectual que no transijan con los alegatos engañosos ni con la jerigonza de la guerra, con el extremismo religioso o

la “defensa” destructiva. Pero eso, caray, toma tiempo, y a juzgar por los gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido, su pequeño socio, eso no reditúa en votos.

Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para provocar la discusión y las preguntas comprometedoras, y así frenar y finalmente impedir el recurso de la guerra que hoy se volvió teoría y no sólo práctica.

\* Traducción: Ramón Vera Herrera

La condición árabe

Edward Said

Tengo la impresión de que muchos árabes sienten hoy que lo que ha ocurrido en Irak en los dos meses pasados es poco menos que una catástrofe. Ciertamente, el régimen de Sadam Husein era despreciable y merecía ser derrocado. También es verdadera la sensación de rabia que muchos experimentan ante la estafalaria crueldad y despotismo de ese régimen, y el terrible sufrimiento del pueblo iraquí. Parece haber poca duda de que muchos gobiernos e individuos se coludieron para mantener a Husein en el poder, mirando hacia otro lado mientras hacían negocios con él. Con todo, lo que dio a Washington licencia para bombardear el país y destruir su gobierno no fue un derecho moral ni un argumento racional, sino el poderío militar. Después de apoyar durante años al régimen baazista de Irak y a Husein, Estados Unidos y Gran Bretaña se arrogaron el derecho de negar su propia complicidad con ese régimen despótico y luego decretar que estaban librando a Irak de su odiada tiranía. Y lo que parece haber surgido en el país, tanto durante como después de la ilegítima guerra contra el pueblo y la civilización que constituyen la esencia de Irak, representa una grave amenaza al pueblo árabe como un todo.

Es, por tanto, de la mayor importancia recordar en primer término que, pese a sus muchas divisiones y disputas, los árabes son en realidad un pueblo y no una colección de países al azar, pasivamente accesibles a la intervención y dominio del exterior. Existe una clara línea de continuidad imperial, que viene desde el dominio otomano sobre los árabes en el siglo XVI hasta nuestros tiempos. Después de los otomanos, tras la Primera Guerra Mundial llegaron los británicos y los franceses, y luego de éstos, en el periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial, los estadounidenses e israelíes. Una de las corrientes de pensamiento más persistentemente influyentes en el reciente orientalismo estadounidense e israelí, evidente en la política de ambos países desde fines del decenio de 1940, es una hostilidad virulenta, sumamente arraigada, hacia el nacionalismo árabe, y una voluntad política de oponerse a él y combatirlo en todas las formas posibles. La premisa básica del nacionalismo árabe en sentido amplio es que, con toda su diversidad y pluralismo de sustancia y estilo, el pueblo cuyos lenguaje y cultura son árabes y musulmanes (llámesele pueblo arabeparlante, como hizo Albert Hourani en su libro más reciente) constituye una nación y no sólo una colección de estados dispersos entre África del norte y las fronteras occidentales de Irán. Toda formulación independiente de esta premisa ha sido objeto de ataques abiertos, como en la guerra del canal de Suez de 1956, la escalada colonial francesa contra Argelia, las agresiones israelíes de ocupación y despojo y la campaña contra Irak, cuyo propósito manifiesto era derrocar a un régimen pero cuyo objetivo verdadero era devastar el país árabe más poderoso. Y así como la campaña de franceses, británicos, israelíes y estadounidenses contra Abdel Nasser fue diseñada para derrocar a una potencia que abiertamente declaraba su aspiración de unificar a los árabes en una fuerza política independiente de gran poderío, el actual objetivo de Washington es redibujar el mapa del mundo árabe conforme a sus intereses, no los de los árabes. La política estadounidense se finca en la fragmentación de los árabes, su inacción colectiva y su debilidad militar y económica.

Haría falta ser tonto para argumentar que el nacionalismo y la separación doctrinaria de los estados árabes individuales, trátense de Egipto, Siria, Kuwait o Jordania, son mejores y tienen una realidad política más útil que algún esquema de cooperación ínter-arábica en las esferas económicas, políticas y culturales. Ciertamente, no veo necesidad de una integración total, pero cualquier forma de cooperación y planificación provechosa sería mejor que las malhadadas cumbres que han desfigurado nuestra vida nacional, por ejemplo durante la crisis de Irak. Todo árabe se hace la misma pregunta que cualquier extranjero: ¿por qué los árabes nunca unen sus recursos para luchar por causas que al menos oficialmente afirman apoyar, en las cuales, en el caso de los palestinos, su pueblo cree de manera activa, de hecho apasionada?

No perderé tiempo en justificar los abusos, miopías, desperdicios, represiones y crueldades que se han cometido en aras de promover el nacionalismo árabe. El saldo no es favorable. Sin embargo, quiero afirmar categóricamente que desde principios del siglo XX jamás han podido lograr su independencia colectiva, en todo o en parte, precisamente a causa de los designios de potencias extranjeras respecto de la importancia estratégica y cultural de sus territorios. Hoy ningún Estado árabe es libre de disponer de sus

recursos como desee, ni de adoptar posiciones que representen sus intereses individuales, en especial si esos intereses parecen amenazar las políticas de Washington. En los más de 50 años transcurridos desde que Estados Unidos asumió el dominio mundial, y más después del fin de la guerra fría, ha ejercido una política hacia Medio Oriente basada exclusivamente en dos principios: la defensa de Israel y el libre flujo del petróleo, y ambos se oponen directamente al nacionalismo árabe. En todas las formas significativas, con pocas excepciones, la política estadounidense ha sido de abierta y despreciativa hostilidad hacia las aspiraciones del pueblo árabe, pese a lo cual, desde la declinación de Nasser, ha tenido pocos opositores entre los gobernantes árabes, quienes se han plegado a todo lo que se les exige.

Durante periodos de la más extrema presión sobre uno u otro de ellos (por ejemplo la invasión israelí de Líbano, en 1982, o las sanciones contra Irak que fueron diseñadas para debilitar al pueblo y al Estado como un todo, los bombardeos de Libia y Sudán, las amenazas contra Siria, la presión sobre Arabia Saudita), la debilidad colectiva ha sido poco menos que abrumadora. Ni su enorme poder económico colectivo ni la voluntad de su pueblo han motivado a los estados árabes a intentar el menor gesto de desafío. La política de dividir e imperar ha prosperado porque cada gobierno tiene miedo de que si le hace frente pueda causar daño a su relación bilateral con Estados Unidos. Esta consideración ha tenido prioridad sobre cualquier contingencia, por urgente que sea. Algunos gobiernos dependen de la ayuda económica de Washington, otros de su protección militar. Todos, sin embargo, han llegado a la conclusión de que no confían unos en otros mucho más de lo que se preocupan por el bienestar de su pueblo (lo cual equivale a decir que se preocupan muy poco), y prefieren el odio y desprecio de los estadounidenses, que han empeorado su trato a los estados árabes conforme ha crecido la arrogancia que les da ser la única superpotencia mundial. De hecho, es notable que los países árabes han estado mucho más dispuestos a combatir entre sí que a enfrentar a los verdaderos agresores del exterior.

El resultado, después de la invasión a Irak, es una nación árabe gravemente desmoralizada, aplastada y derrotada, menos capaz de hacer nada excepto doblegarse a los anunciados planes estadounidenses de llevar a cabo todo tipo de esfuerzos para redibujar el mapa de Levante como mejor convenga a sus propios intereses y obviamente a los de Israel. Ni siquiera ese designio grandioso ha recibido hasta ahora la más vaga respuesta colectiva de los países árabes, que parecen esperar estáticos que algo nuevo ocurra en tanto Bush, Rumsfeld y Powell pasan de una amenaza a un proyecto, una visita, un desaire, un bombardeo o un anuncio unilateral. Lo que vuelve particularmente irritante todo este asunto es que en tanto los árabes han aceptado por completo el mapa de ruta estadounidense (o del cuarteto), que parece salido de algún delirio de Bush, los israelíes se han reservado con frialdad cualquier aquiescencia al respecto. ¿Qué sentirá un palestino al observar a un líder de segunda clase como Abu Mazen, que siempre ha sido un subordinado fiel de Arafat, abrazar a Powell y a los estadounidenses, cuando hasta para el niño más pequeño es evidente que el mapa de ruta está diseñado para a) estimular una guerra civil palestina y b) orillar a Palestina a transigir con las exigencias estadounidenses e israelíes de “reforma” a cambio de prácticamente nada? ¿Cuánto más vamos a hundirnos todavía?.

En cuanto a los planes de Washington hacia Irak, ahora ha quedado del todo claro que va a ocurrir nada menos que una ocupación colonial de viejo cuño, como la de Israel a partir de 1967. La idea de imponer en Irak una democracia estilo estadounidense significa alinear al país con la política de Washington, es decir, un tratado de paz con Israel, mercados petroleros que dejen ganancias a los estadounidenses y un mínimo de orden civil que no permita ni una oposición verdadera ni una auténtica construcción de instituciones. Tal vez incluso la idea sea convertir a Irak en lo que fue Líbano durante la guerra civil. No estoy seguro, pero veamos un ejemplo de la planificación que se lleva a cabo: en fecha reciente la prensa estadounidense anunció que Noah Feldman, de 32 años, profesor adjunto de derecho en la Universidad de Nueva York, sería el encargado de redactar la nueva constitución iraquí. En todas las notas de los medios referentes a este importante nombramiento se mencionó que Feldman es brillante experto en derecho islámico, que estudia árabe desde los 15 años y fue educado como judío ortodoxo. Pero jamás ha ejercido la abogacía en el mundo árabe, nunca ha estado en el país cuya constitución redactará ni parece tener conocimiento práctico de la situación de posguerra. Vaya escupitajo al rostro no sólo de Irak, sino de las legiones de mentes jurídicas árabes y musulmanas que pudieron haber llevado a cabo una tarea perfectamente aceptable al servicio del futuro iraquí. Pero no, Estados Unidos quiere que la realice un joven inexperto, de modo que después pueda decir: “le dimos a Irak su nueva democracia”. El resentimiento es tan denso que se puede cortar con navaja.

Lo más desmoralizador es la patente impotencia de los árabes a la vista de todo esto, y no sólo porque no se haya invertido esfuerzo alguno en preparar una respuesta colectiva. Para quien como yo reflexione sobre la situación desde el exterior, resulta asombroso que en este momento de crisis no se haya tenido noticia de algún llamado de apoyo de los gobernantes a su pueblo ante lo que necesariamente debe verse como una amenaza a la nación colectiva. Los militares estadounidenses no han ocultado que planean un cambio radical en el mundo árabe, el cual pueden imponer por la fuerza de las armas porque es muy poco lo que se les resiste. Más aún, la idea parece ser nada menos que destruir de una vez por todas la unidad subyacente del pueblo árabe, transformar sin remedio los fundamentos de su vida y sus aspiraciones.

Yo hubiera creído que una alianza sin precedentes entre los gobernantes y el pueblo árabe representaba la única posible forma de contener semejante despliegue de poderío. Pero es evidente que eso requeriría el compromiso de cada gobierno árabe de abrirse a la sociedad y a su pueblo, dejarlo entrar, derribar todas las medidas represivas de seguridad para crear una oposición organizada al

nuevo imperialismo. Una nación empujada por la fuerza a la guerra, o un pueblo silenciado y reprimido, jamás se levantarán en semejante ocasión. Lo que necesitamos son sociedades árabes liberadas del estado de sitio entre gobernantes y gobernados que ellas mismas se han impuesto. ¿Por qué no instaurar en cambio la democracia en defensa de la libertad y la autodeterminación? ¿Por qué no decir “queremos que todo ciudadano esté dispuesto a movilizarse en un frente común contra un enemigo común”? Necesitamos que todas las fuerzas intelectuales y políticas se unan a nosotros contra el propósito imperial de rediseñar nuestras vidas sin nuestro consentimiento. ¿Por qué dejar la resistencia a los extremistas y desesperados atacantes suicidas?.

Como digresión, podría mencionar aquí que cuando leí el informe de la ONU sobre desarrollo humano en el mundo árabe me consternó ver el poco aprecio que se hizo en él de la intervención imperialista y el profundo y prolongado efecto que ha tenido. Cierto, no creo que todos nuestros problemas vengan del exterior, pero tampoco querría decir que todos fueron creados por nosotros. El contexto histórico y la fragmentación política han desempeñado un papel muy importante, al cual dicho informe presta muy poca atención. La ausencia de democracia es en parte resultado de alianzas entre los poderes occidentales y regímenes o partidos minoritarios, no porque los árabes no tengan interés en la democracia, sino porque ésta ha sido vista como amenaza por varios actores del drama. Además, ¿por qué adoptar la fórmula estadounidense de la democracia (por lo común un eufemismo del libre mercado y del escaso interés por el mejoramiento humano y los servicios sociales) como si fuera la única? Este es un tema que requiere un debate mucho mayor, para el cual no tengo tiempo aquí. Así que volvamos al punto principal.

Consideremos cuánto más efectiva habría sido la posición palestina frente al embate de Washington y Tel Aviv si se hubiera dado una muestra de unidad en vez de una vergonzosa rebatiña por los puestos en la delegación que se entrevistaría con Powell. En el curso de los años no he podido entender por qué los líderes palestinos han sido incapaces de desarrollar una estrategia unificada para oponerse a la ocupación y no ver desviado su curso hacia uno u otro plan Marshall, Tenet o del cuarteto. ¿Por qué no decir a todos los palestinos: nos enfrentamos a un enemigo cuyos designios hacia nuestras tierras y vidas son bien conocidos y deben ser combatidos por todos nosotros juntos? El problema de raíz, y no sólo en Palestina, es esa separación entre gobernantes y gobernados que es uno de los efectos distorsionantes del imperialismo, ese miedo esencial a la participación democrática, como si el exceso de libertad pudiera hacer perder a la elite colonial gobernante algo del favor de la autoridad imperial. El resultado es no sólo la ausencia de una verdadera movilización de todos en la lucha común, sino la perpetuación de la fragmentación y la mezquina pugna de facciones. Tal como están las cosas, hay en el mundo demasiados ciudadanos árabes que no se involucran ni participan.

Querámoslo o no, el pueblo árabe enfrenta hoy un ataque mayúsculo a su porvenir por un poder imperial, Estados Unidos, que actúa en concierto con Israel, para pacificarnos, someternos y por último reducirnos a un puñado de señoríos cuya primera lealtad es no a su pueblo, sino a la gran superpotencia (y a su subrogado local). No entender que éste es el conflicto que dará forma a nuestra zona durante las décadas por venir es caer en ceguera voluntaria. Lo que necesitamos ahora es romper las cadenas de hierro que sujetan a las sociedades árabes y las mantienen convertidas en hoscos conglomerados de gente desconfiada, líderes inseguros e intelectuales alienados. Esta es una crisis sin precedente; se requieren, por tanto, medios sin precedente para enfrentarla. El primer paso es darnos cuenta de la magnitud del problema, y después salir a enfrentar lo que nos reduce a la rabia impotente y la reacción marginal, condición que de ninguna forma debemos aceptar. La alternativa a tan poco atractiva condición encierra una esperanza considerablemente mayor.

© 2003, Edward W. Said

Traducción: Jorge Anaya -La Jornada

La solidaridad con Palestina

Edward Said

A principios de mayo estuve unos días en Seattle para dar unas conferencias. Durante mi estancia, cené una noche con los padres y la hermana de Rachel Corrie, que todavía no habían superado la conmoción del asesinato de su hija el 16 de marzo, en Gaza, por parte de un bulldozer israelí. El señor Corrie me dijo que él había manejado bulldozers, pero que el que mató de forma deliberada a su hija -por intentar proteger valientemente de la destrucción un hogar palestino en Rafah- era un monstruo de 60 toneladas diseñado especialmente por Caterpillar para demoler casas, una máquina mucho más grande que cualquiera de las que él había visto o manejado. En mi breve visita a los Corrie me impresionaron dos cosas. Una, el relato de su regreso a Estados Unidos con el cuerpo de su hija. Se apresuraron a llamar a sus dos senadoras, Patty Murray y Mary Cantwell, ambas demócratas, les contaron su historia y

recibieron las expresiones de horror e indignación que eran de esperar, así como promesas de que habría una investigación. Cuando las dos senadoras volvieron a Washington, los Corrie no volvieron a saber nada de ellas, y la investigación prometida no se hizo realidad. Como era previsible, el lobby israelí les había explicado la realidad, y decidieron desentenderse. Una ciudadana estadounidense asesinada deliberadamente por los soldados de un Estado cliente de Estados Unidos no mereció ningún comentario oficial, ni siquiera la investigación de rigor que le habían prometido a su familia.

Pero el segundo y principal aspecto que me llamó la atención de la historia de Rachel Corrie fue la acción de la joven en sí, heroica y digna. Nacida y educada en Olympia, una pequeña ciudad a 90 kilómetros al sur de Seattle, Rachel se incorporó al Movimiento Internacional de Solidaridad y fue a Gaza para apoyar a unos seres humanos que sufrían y con los que no había tenido ningún contacto hasta entonces. Las cartas que escribió a su familia son unos documentos extraordinarios que muestran su humanidad cotidiana y constituyen una lectura difícil y conmovedora, sobre todo cuando describe la amabilidad y el interés demostrados por todos los palestinos con los que habla, que la reciben claramente como a una más de los suyos porque vive igual que ellos, comparte sus vidas, sus preocupaciones y los horrores de la ocupación israelí, con sus terribles repercusiones incluso para los niños más pequeños. Comprende el destino de los refugiados y lo que considera el intento insidioso del Gobierno israelí de llevar a cabo una especie de genocidio al hacer la supervivencia prácticamente imposible para este grupo concreto de personas. Su solidaridad es tan emocionante que inspira a un reservista israelí llamado Danny, que se ha negado a servir en el Ejército, a escribirle para decir: "Está haciendo algo bueno. Le doy las gracias por ello".

Lo que se desprende de todas las cartas que escribió a su familia, y que posteriormente publicó The Guardian, es la asombrosa resistencia del pueblo palestino, seres humanos corrientes que se encuentran en una situación horrible, llena de sufrimientos y desesperación, pero que, aun así, siguen sobreviviendo. Hemos oído hablar tanto, en los últimos tiempos, de la Hoja de Ruta y las perspectivas de paz, que nos hemos olvidado del hecho fundamental, que es que los palestinos se han negado a capitular o rendirse, ni siquiera ante el castigo colectivo que les impone el poder conjunto de Estados Unidos e Israel. Ésa es la razón de que exista una Hoja de Ruta y de todos los llamados planes de paz anteriores; no que Estados Unidos, Israel y la comunidad internacional se hayan convencido, por motivos humanitarios, de que es preciso acabar con las muertes y la violencia. Si no somos conscientes de la fuerza que tiene la resistencia palestina (y no me refiero, en absoluto, a los atentados suicidas, que causan mucho más daño que beneficio), a pesar de sus fallos y sus errores, no entenderemos nada. Los palestinos siempre han constituido un problema para el proyecto sionista, y las supuestas soluciones que se han ofrecido, en vez de resolver el problema, le quitan importancia. La política oficial israelí, independientemente de que Ariel Sharon utilice la palabra "ocupación" o no, de que desmantele una o dos torres herrumbrosas o no, ha consistido siempre en no aceptar la realidad del pueblo palestino en pie de igualdad ni admitir que Israel ha violado constantemente sus derechos de forma escandalosa. Aunque, a lo largo de los años, ha habido valerosos israelíes que han intentado hacer frente a esa historia oculta, la mayoría de ellos y, según parece, la mayoría de los judíos estadounidenses, han hecho todos los esfuerzos posibles para negar, evitar o rechazar la realidad palestina. Por eso no se ha alcanzado la paz.

Además, la Hoja de Ruta no habla de justicia ni del castigo histórico impuesto al pueblo palestino desde hace demasiadas décadas. Sin embargo, lo que la labor de Rachel Corrie en Gaza reconocía era, precisamente, la gravedad y la densidad de la historia viva del pueblo palestino como comunidad nacional, no sólo como un grupo de refugiados que sufren privaciones. Con eso era con lo que mostraba su solidaridad. Y debemos recordar que ese tipo de solidaridad ya no la ofrecen sólo unas cuantas almas intrépidas repartidas aquí y allá, sino que se reconoce en todo el mundo. En los últimos seis meses he dado conferencias en cuatro continentes, ante miles de personas. Lo que les une a todas esas personas es Palestina, la lucha del pueblo palestino, que se ha convertido ya en sinónimo de emancipación y tolerancia, a pesar de todas las injurias cometidas contra ellos por sus enemigos.

Siempre que se informa de la realidad, se produce un reconocimiento inmediato, la expresión de la máxima solidaridad con la justicia de la causa palestina y la valiente lucha del pueblo palestino. Es extraordinario que, este año, Palestina fuera un tema central tanto en los encuentros antiglobalización de Porto Alegre como durante las conferencias de Davos y Ammán, es decir, en ambos extremos del espectro político mundial. Dado que los medios de comunicación estadounidenses administran a los ciudadanos una dieta espantosamente tendenciosa de ignorancia y distorsiones -en la que nunca se habla de la ocupación con las escabrosas descripciones que se utilizan para los atentados suicidas, el muro del apartheid que está construyendo Israel, de 8 metros de altura, 1,50 metros de espesor y 350 kilómetros de longitud, no aparece jamás en CNN y las grandes cadenas (ni se menciona, ni siquiera de pasada, en la prosa anodina de la Hoja de Ruta), ni se muestra el tormento diario que representan los crímenes de guerra, las destrucciones y humillaciones gratuitas, las mutilaciones, los derribos de casas, la destrucción del campo y las muertes que sufre la población civil palestina-, no es de extrañar que los estadounidenses, en general, tengan pésima opinión de los árabes y los palestinos. Al fin y al cabo, hay que recordar que los principales medios de comunicación, desde la izquierda progresista hasta la derecha alternativa, tienen una actitud unánimemente antiárabe, antimusulmana y antipalestina. No hay más que ver la pusilanimidad de la que hicieron gala durante los preparativos de una guerra ilegal e injusta contra Irak, la poca cobertura que recibieron los grandes perjuicios provocados en la sociedad iraquí por las sanciones y las noticias, relativamente escasas, sobre la inmensa corriente mundial de opinión contra la guerra. Prácticamente ningún periodista, salvo Helen Thomas, ha llamado la atención al

Gobierno por las escandalosas mentiras y “verdades” fabricadas que se vertieron sobre Irak justo antes de la guerra, las afirmaciones de que constituía una amenaza militar inminente; igual que, ahora, los grandes medios eximen de responsabilidad a esos mismos propagandistas del Gobierno, cuyos “datos” cínicamente inventados y manipulados sobre las armas de destrucción masiva son ya una cosa olvidada o que se considera irrelevante, cuando se habla de la horrible situación, literalmente inexcusable, que ha creado con gran irresponsabilidad Estados Unidos para el pueblo de Irak. Por mucho que se acuse a Sadam Husein de ser un tirano cruel, cosa que era, es cierto que había proporcionado al pueblo de Irak la mejor infraestructura de servicios como agua, electricidad, sanidad y educación de todos los países árabes. No queda nada en pie.

No es extraño, pues -dado el extraordinario miedo a ser acusados de antisemitas por criticar a Israel en virtud de sus crímenes de guerra cotidianos contra civiles palestinos inocentes y desarmados, o de antiamericanos por criticar al Gobierno estadounidense por su guerra ilegal y la pésima gestión de su ocupación militar-, que la perniciosa campaña de los medios y el Gobierno contra la sociedad, la cultura, la historia y la mentalidad árabes, dirigida por propagandistas y orientalistas del Neandertal como Bernard Lewis y Daniel Pipes, nos haya llevado a demasiados de nosotros a creer que los árabes son verdaderamente un pueblo subdesarrollado, incompetente y maldito, y que, con todos los fallos en materia de democracia y desarrollo, los árabes son los únicos del mundo tan atrasados, retrógrados, anticuados y profundamente reaccionarios. Ha llegado el momento de recurrir a la dignidad y el pensamiento histórico crítico para examinar qué es cada cosa y separar la realidad de la propaganda.

Nadie puede negar que la mayoría de los países árabes están gobernados en la actualidad por regímenes impopulares, y que numerosos jóvenes pobres y desfavorecidos están expuestos a las tácticas implacables de la religión fundamentalista. Pero decir, como hace habitualmente The New York Times, que las sociedades árabes están totalmente controladas, y que no hay libertad de opinión, ni instituciones civiles, ni movimientos sociales de y para el pueblo, es mentir. Sean cuales sean las leyes de prensa, uno puede ir hoy al centro de Ammán y comprar un periódico del partido comunista a la vez que otro islamista; Egipto y Líbano están llenos de publicaciones que indican que en esas sociedades hay mucho más debate y discusión de lo que se cree; los canales de televisión por satélite rebosan de opiniones de una variedad vertiginosa; en todo el mundo árabe, las instituciones civiles están muy vivas, muchas veces relacionadas con los servicios sociales, los derechos humanos, los sindicatos y los organismos de investigación. Es preciso trabajar mucho más para alcanzar un nivel de democracia suficiente, pero estamos en el buen camino.

Sólo en Palestina existen más de mil ONG, y son esa vitalidad y esas actividades lo que ha permitido que la sociedad siguiera funcionando a pesar de los esfuerzos diarios de Estados Unidos e Israel para herirla, detenerla o mutilarla. En las peores circunstancias posibles, la sociedad palestina no está derrotada ni se ha derrumbado por completo. Los niños siguen yendo al colegio, los médicos y enfermeros siguen cuidando de sus pacientes, los hombres y mujeres van a trabajar, las organizaciones celebran sus reuniones y la gente sigue viviendo, y eso parece ser una ofensa para Sharon y los demás extremistas que no quieren más que ver a los palestinos en la cárcel u obligados a marcharse. La solución militar no ha servido de nada, ni nunca servirá. ¿Por qué no lo entienden los israelíes? Tenemos que ayudarles a que lo entiendan, no mediante atentados suicidas, sino con argumentos racionales, actos masivos de desobediencia civil y protestas organizadas en todas partes.

Lo que intento decir es que tenemos que pensar en el mundo árabe, en general, y Palestina, en particular, con más sentido crítico y un punto de vista más comparativo que los que sugieren libros tan superficiales y despreciativos como What Went Wrong, de Lewis, y las ignorantes afirmaciones de Paul Wolfowitz sobre la democratización del mundo árabe e islámico. Se piense lo que se piense de los árabes, hay que saber que poseen una dinámica activa producida por el hecho de ser personas reales que viven en una sociedad real, con todo tipo de corrientes y contracorrientes, que no pueden caricaturizarse simplemente como un hervidero de fanatismo violento. La lucha palestina por la justicia, especialmente, es una cosa que suscita la solidaridad, no críticas sin fin, un desaliento frustrado y exasperado o divisiones agobiantes. Recordemos la solidaridad mostrada en Estados Unidos y en todos los rincones de Latinoamérica, África, Europa, Asia y Australia, y recordemos que es una causa con la que se ha comprometido mucha gente, a pesar de las dificultades y los terribles obstáculos. ¿Por qué? Porque es una causa justa, un ideal noble, una búsqueda moral de la igualdad y los derechos humanos.